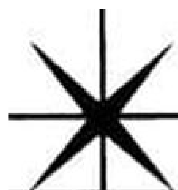


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

CLARK CARRADOS

PROPULSIÓN MENTAL

CLARK CARRADOS

Propulsión mental

EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Oms, 51-53

BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151

BUENOS AIRES

Capítulo primero

LA chica era guapa de verdad, pero estaba muy asustada.

Parecía una heroína de las antiguas historietas gráficas de ciencia-ficción. Inevitablemente, todos los dibujantes representaban a sus heroínas, ya fuesen rubias, morenas, castañas o pelirrojas, con el mismo tipo físico.

La heroína debía tener una figura determinada, si no, la historieta carecía de… salsa. Alta, busto exuberante, cintura de avispa, caderas de ánfora y piernas largas y bien torneadas, generalmente al descubierto a causa de los pantaloncitos cortos con que las dibujaban, o con el clásico traje ajustado de una sola pieza, que tan bien moldeaba sus curvas.

Así debía ser la heroína de una historieta ilustrada de ciencia-ficción y así era ella. La descripción queda completa si digo que tenía el pelo negro como ala de cuervo, ojos de azabache y el traje que usaba era de color anaranjado vivo, de una pieza, por supuesto.

Cayó en la terraza de mi apartamiento como llovida del cielo.

Yo estaba sentado tranquilamente, gozando del fresco de la noche estival, más agradable que el ambiente acondicionado del piso, leyendo un libro, cuando ella, apenas sin hacer ruido, apareció ante mis ojos.

Respingué. ¿Quién no se habría sobresaltado en un caso análogo?

No obstante, procuré conservar mi flema.

—Señorita… —empecé a hablar.

Ella no me dejó seguir. Con ojos llenos de susto, me interrumpió.

—¡Me persiguen! —exclamó—. ¡Por lo que más quiera, sálveme!

—Pero, señorita…

—No perdamos tiempo —dijo ella—. ¿Dónde puedo esconderme?

Empecé a ponerme en pie. La pierna herida me falló ligeramente y hube de apoyarme en el brazo del sillón. Con dificultad contuve un taco de astronauta.

Agarré mi bastón y pude mantener el equilibrio. Aquella condenada pierna no acababa de curarse del todo.

—Bueno, si tan fea está la cosa —dije.

—Feísima —acentuó la chica—. Si me atrapan, me…

Se pasó el índice por la garganta. Puedo asegurar que tenía un trazado de cisne.

—Entonces ¿no es la policía? —dije.

—No. Son… Es… —se mordió los labios—. Vamos, dese prisa.

Miré a mi alrededor.

—¿Le parece bien mi dormitorio? —sugerí.

—Si no hay otra cosa…

—Dispone de un armario grande y capaz —dije.

—Entonces vamos allá.

La chica se movió con soltura. Es preciso reconocer que se hallaba asustada, aunque no por ello había perdido la serenidad.

Abrí el armario con la contera del bastón.

—Entre —dije.

—Gracias. No sabe qué grande es el favor que me está haciendo —sonrió ella.

Y cerró la puerta, dejándome lleno de perplejidad.

Uno es astronauta y, durante las largas guardias en la cámara de mando de la espacionave, adquiere la costumbre de hablar a solas. Según las circunstancias, claro.

—Bien, por fortuna no tengo joyas ni alhajas… y el dinero que hay en la casa es solo el suficiente para cubrir los gastos. Si es una ladrona, se llevará un chasco —murmuré a media voz.

Entonces sonó la campanilla de la puerta.

—Estas no son horas de visita —mascullé, mientras, apoyado en el bastón, me dirigía hacia la entrada.

Abrí la puerta. Tres hombres aparecieron de inmediato ante mis ojos.

Dos, bastante altos, flanqueaban a uno del que se podría decir algo, así como que era un semienano. Su estatura apenas llegaba al metro y medio, pero era cuadrado.

Cúbico, mejor dicho, dada la anchura de sus hombros y el volumen de su torso de barril. Los ojos no me gustaron nada; eran ojos duros, implacables, malignos.

Los otros dos parecían empleados suyos, y eso de «empleado» es solo una palabra fina, para encubrir sus verdaderas actividades.

Uno de ellos, alto, delgado, de apariencia distinguida, llevaba las manos enguantadas y usaba bastón.

Con el bombín y el traje oscuro, habría parecido el clásico londinense que se dirige todas las mañanas a su oficina de la City.

El otro era de su misma talla, pero mucho más robusto. Su cara estaba surcada de cicatrices de un aspecto singular; ello fue suficiente para identificar en él a un retirado del «new-boxe», el deporte que se practicaba con guantes provistos de salientes metálicos. Se ganaba mucho dinero, pero morían como moscas… lo mismo que los gladiadores de la antigua Roma.

—¿Bien? —dije a guisa de saludo.

El semienano me miró fríamente.

—Usted es el famoso capitán…

—Tengo ese honor —dije—. ¿Puedo servirle en algo, señor?

—Puede —contestó el tipo con sequedad—. ¿Dónde está ella?

Levanté las cejas, fingiendo inocencia.

—Soy soltero y de comportamiento morigerado —contesté—. Jamás admitiría a una mujer en mi casa, sin antes haber resuelto ciertos trámites legales, caballero.

—Ella está aquí —dijo el del bastón hoscamente.

—Lo sabemos —añadió el boxeador.

—Señores, lamento que mi momentánea incapacidad me impida darles la respuesta adecuada a su insolencia. ¡Buenas noches!

—¡Capitán! —dijo el semienano.

Le miré con aparente moderación.

—Diga, señor.

—Usted no sabe quién soy yo.

—No tengo ese honor —contesté.

—Me llamo Magnus Dignus —dijo el semienano.

Guardé silencio unos instantes.

Magnus Dignus. Millones, millones, millones… y así, horas seguidas y no se acabaría la descripción de su fortuna.

Los maliciosos aseguraban que Dignus no poseía ni un solar de procedencia honrada. Otros, no menos sarcásticos, aseguraban que Dignus era alérgico a la honradez.

No faltaban los sinceros y poco amigos de tapujos. Estos afirmaban rotundamente que Dignus era un pirata.

—He oído hablar de usted —admití finalmente—. Nada bien, por supuesto. Usted puede ser Magnus, pero de Dignus no tiene nada. Lo siento, pero no pude evitar el chiste tan infame.

Los ojos del semienano despidieron chispas.

—Lamentará el día que se encontró conmigo y me dio una negativa —dijo solamente—. Vámonos.

Cerré la puerta una vez hubieron desaparecido de mi vista.

—¡Uf! —resoplé, aliviado.

Apoyado en el bastón, llegué a la puerta del dormitorio.

—Puede salir —dije—; ya se han largado.

Ella abrió la puerta.

—Era Dignus, ¿verdad?

—Sí. Le acompañaban dos sujetos… —los describí puntualmente.

—Sé quiénes son. El delgado se llama Algy Crohan; el boxeador retirado es Pat Jarkey.

—En cambio, yo no sé quién es usted —manifesté.

—Me llamo Gussie Tecs —se presentó la chica—. Gussie es diminutivo de Augusta.

—Lo sabía —contesté llanamente—. Quiero decir, lo del diminutivo. Estimo que debe necesitar una copita. ¿Qué prefiere?

—¿Tiene anís? —pidió ella sorprendentemente.

Contuve un respingo ¡Anís!

Por casualidad, tenía una botella. A mí no me gustan las bebidas dulces, pero en este mundo hay preferencias por todo.

Destapé la botella y llené una copa. Gussie tomó un sorbo y luego se relamió.

—¡Es buenísimo! ¡Me enloquece! —confesó.

—Supongo que no será una maniática del anís —dije, alarmado.

—Oh, no, no, solamente una copita de cuando en cuando… ¡Oiga! —exclamó de repente—. A usted le conozco yo. ¿No es el

famoso capitán…?

—Sí, el mismo —admití a regañadientes.

—Volvía de vuelta a la Tierra en su astronave «Miss X». Se produjo un terrible accidente y…

—¡Por favor! —exclamé con voz crispada—. No me lo recuerde, señorita Tecs.

—Lo siento —dijo ella contritamente—. Discúlpeme, capitán.

—Está bien, olvídelo. ¿Va a quedarse aquí toda la noche?

Gussie me dirigió una mirada suplicante.

—No sé qué hacer —declaró—. Dignus me persigue…

—Bueno, usted es una chica guapísima, pero, con el dinero que tiene, podría encontrar otras mujeres no menos hermosas.

—A él no le intereso yo en persona, sino el invento que me dejó mi padre como herencia —manifestó Gussie.

—¿Un invento? ¿Qué clase de invento?

Gussie se sorprendió.

—¿Cómo? ¿Acaso no oyó hablar nunca de los trabajos del profesor Tecs?

—He estado mucho tiempo fuera de la Tierra… Espere, creo que sí he oído algo, Gussie. ¿No se trata de un nuevo medio de propulsión para las astronaves?

Ella no me contestó.

Estaba callada y muy seria. Sus ojos miraban por encima de mi hombro.

Me volví en redondo. Uno de los dos acólitos del semienano, Crohan, había entrado silenciosamente en la casa y me contemplaba con expresión sonriente.

—De modo que no se había escondido, ¿eh? —dijo el tipo.

—El derecho de mentir es libre, pero no el de entrar sin permiso en las casas —contesté.

—Bueno, bueno —dijo Crohan placenteramente—. Lo siento por usted, capitán; el señor Dignus me ha dado órdenes concretas y me paga demasiado bien para no obedecerlas.

Tiró del puño de su bastón y sacó un estoque de casi un metro de largo. Una sonrisa perversa lucía en sus labios, como el gato relamiéndose ante el incauto ratón que acaba de asomar por el agujero de su escondite.

—¡Adiós, capitán! —dijo Crohan.

Y se tiró a fondo.

Paré la estocada con mi bastón, desviándola por el lado derecho de mi cuerpo. Crohan se quedó bastante sorprendido.

—Diríase que conoce la esgrima, capitán —exclamó.

—Un astronauta veterano conoce más cosas de las que aprenderá usted en el resto de sus días —repuse.

—Veámoslo —murmuró el rufián, atacando de nuevo.

Paré en cuarta. Luego me tiré a fondo y le di un conterazo en la frente, haciéndole retroceder aturdido y desconcertado.

Crohan lanzó un gruñido. Luego me tiró otra estocada, que desvié hábilmente. Antes de que pudiera reponerse, pasé al ataque.

Mi pierna me impedía moverme con facilidad. Además no se trataba de una cuestión de honor, ni yo tenía por qué guardar las formas.

Levanté el bastón y le di un estacazo de los gordos en los enguantados nudillos de su mano derecha. Crohan aulló, mientras su estoque volaba por los aires.

Mi bastón tenía un puño de forma notablemente curiosa. Parecía un martillo y estaba hecho de marfil neptuniano, una joya en su género, sobre todo, teniendo en cuenta la dureza del material y su escasez en la Tierra. Me lo había regalado un amigo agradecido… pero esta es otra historia.

Crohan estaba muy ocupado con sus nudillos apaleados. Lancé el bastón al aire, lo agarré por el extremo, cerca de la contera de goma, y luego bajé el martillo.

¡Crock!

La cabeza del sujeto sonó a hueco. Sin un solo gemido, Crohan se desplomó al suelo, fulminado.

Empecé a volverme hacia la chica.

—Listo —dije, ufano de mi hazaña.

Pero Gussie había desaparecido.

Melancólicamente, me senté en un sillón a esperar a que Crohan recobrase el conocimiento, para echarle de mi casa.

—Como vino, se fue —murmuré.

Naturalmente, me refería a Gussie Tecs.

Capítulo II

PASARON dos días.

Gussie no había tenido siquiera la delicadeza de llamarme por visófono para decirme qué había hecho después de su marcha. Y, si he de decir la verdad, yo estaba profundamente intrigado por lo poco que había declarado respecto al invento de su padre.

Algo sabía yo del asunto, pero no demasiado. Empecé a pensar quién podría informarme del invento.

No tardé en dar con la persona que creí adecuada. Tratábase de un buen amigo mío, ingeniero competente, quien, en más de una ocasión, me había solventado algunos problemas en mi vieja astronave.

Ricardo Azara era su nombre. Primero pensé en hablar con él por visófono, pero luego rectifiqué.

Llevaba un montón de días encerrado en casa. Me convenía airearme un poco. No obstante, consulté antes con Ricardo; podía tener trabajo… pero aceptó mi visita con placer.

—Te espero en mi despacho —dijo.

Minutos después, un aerotaxi me trasladaba al lugar donde Ricardo tenía su oficina. Por supuesto, yo tenía mi propio vehículo, pero no tenía ganas de concentrarme en su manejo.

Treinta minutos después, una atractiva secretaria me introducía en el despacho de mi amigo.

Ricardo me estrechó la mano con verdadero afecto.

—¡No sabes cuánto celebro verte! —dijo, mirándome a los ojos —. ¿Cómo va tu pierna, Clark?

—Todavía se resiente un poco, Ricardo —contesté.

—Curarás del todo —sonrió—. Siéntate, por favor. ¿Qué prefieres para beber?

—Dos dedos de escocés, solo —pedí.

Ricardo preparó dos bebidas. Con su vaso en la mano, se apoyó en el borde de la mesa y volvió a mirarme.

—En medio de todo, tú tuviste suerte, Clark —dijo.

Moví la cabeza tristemente.

—Sí, pero ella quedó atrás —murmuré.

—Eres joven todavía. Tienes muchos años por delante. No puedes olvidarla… pero debes pensar en ti.

—Los tripulantes de la «Miss X» también murieron, excepto uno que todavía está en el hospital.

—Procura olvidar —insistió Ricardo, ofreciéndome una caja con cigarrillos—. Bien, ¿qué te trae por aquí? —preguntó, después de las primeras bocanadas de humo.

—Un invento, Ricardo —contesté.

—¿Qué clase de invento?

—Ayer estuvo a verme una chica —dije, sin entrar en más detalles—. Se llama Gussie Tecs…

—¡Tecs! —dijo Ricardo, casi con una explosión de voz.

—¿La conoces?

—A ella, no; a su padre, sí. Murió hace poco. Una muerte producida en circunstancias nada claras, pero que acabó en un dictamen oficial de suicidio. Personalmente, Clark, estimo que lo asesinaron.

—Entonces ella tiene razón para estar asustada —dije.

—¿Cómo? —preguntó mi amigo.

—Nada —evadí una respuesta concreta—. Entonces conocías a Tecs.

—Al profesor Tecs, dicho correctamente. En un par de ocasiones, me encargó el diseño de unas piezas determinadas para el invento en que trabajaba. Quedó muy satisfecho de mi labor y ello me permitió conversar con el profesor unas cuantas veces.

Me incliné hacia adelante.

—Eso es interesante, Ricardo —dije—. ¿En qué consiste el invento? Ella no fue muy explícita; habló de un nuevo método de propulsión para las astronaves…

Ricardo meneó la cabeza.

—Clark, yo respeto las opiniones de los demás, pero, personalmente, opino que el invento del profesor Tecs no es tal, sino un disparate de los gordos.

—Bueno, pero ¿en qué consiste? —pregunté, impaciente.

—Propulsión mental de las astronaves, Clark.

Miré a mi amigo con ojos incrédulos.

—¡Qué barbaridad! —exclamé.

—¿Lo ves? —sonrió Ricardo—. ¿Cómo vas a hacer que una astronave, que pesa miles de toneladas, despegue solamente con el poder del cerebro? Aun disponiendo de motores antigravitatorios, el despegue consume una cantidad de energía fabulosa, conque…

De repente, me acordé de una cosa.

—Oye, Ricardo, es posible que el invento de Tecs no sea tan disparatado como pensamos —dije.

—¡Clark, por favor! —dijo mi amigo, amostazado.

—Escucha, Ricardo. ¿Conoces a Magnus Dignus?

Azara frunció el ceño.

—No le veo a menudo, pero, cuando le veo, doy un rodeo para evitarle —dijo.

—Bien, ya veo que conoces a ese semienano. Pues bien, Magnus Dignus se interesa por el invento del profesor Tecs. Y Dignus no es un tipo que dé un paso sin estar seguro de que su mano alcanzará algo que pueda producirle un montón de solares.

Ricardo torció el gesto.

—¡Hum! —dudó—. Es un tipo listo, pero hasta el más vivo comete un error de cuando en cuando.

—No un sujeto como Dignus. Si Dignus se interesa por ese método de propulsión, es que hay algo de cierto en el asunto.

—Sí, pero…

—Ricardo, tú has dicho que tuviste relaciones profesionales con Tecs.

—Cierto, no tengo por qué negarlo.

—He estado consultando la guía de números de visófono. El nombre de Tecs no aparece por ninguna parte. Lógicamente, tampoco su domicilio.

—El profesor era un poco raro. No quería que nadie le molestase con llamadas intempestivas.

—Pero tú sabrás dónde vive.

Ricardo sonrió.

—¿Te interesa su hija? —preguntó.

Me enderecé en el sillón.

—Me interesa ese nuevo método de propulsión. Gussie me dijo que su padre se lo había dejado como herencia.

—¿Y…?

—Ricardo, yo soy un traficante del espacio. Imagino que ese nuevo método de propulsión ahorrará, sobre todo, una cantidad enorme de tiempo. ¿Te imaginas lo que podría hacer yo con una nave equipada con los motores mentales del profesor Tecs?

—Vaya, vaya —sonrió Ricardo—. ¿Crees que ella te cederá la patente, solo por tu cara bonita?

—Bueno, si no hablo con Gussie, no tendré la respuesta a esa pregunta. ¿Dónde vive?

Ricardo volvió tras la mesa y garrapateó unas líneas en un papel.

—Ahí tienes su dirección —dijo, tendiéndome el papel, que yo guardé inmediatamente en el bolsillo.

—Gracias, eres un amigo de verdad —manifesté, a la vez que me incorporaba.

Mi amigo me detuvo cuando ya me disponía a salir.

—Clark, después de lo ocurrido, ¿quieres volver de nuevo al espacio? —preguntó.

Le miré fijamente.

—El suelo de la Tierra me quema los pies, cuando llevo demasiado tiempo fuera de una astronave —contesté significativamente.

—Te comprendo —suspiró Ricardo—. También a mí me gustaría viajar por el espacio… pero esto atado a mi trabajo.

—Te gusta, si no, ya lo habrías cambiado —sonreí.

Ricardo sonrió también.

—Tienes razón —admitió—. Oye, Clark. Suponiendo que llegases a un acuerdo con la chica… la patente te costaría un riñón.

—Bueno, tengo algunos ahorrillos… y los seguros cubrieron la mayor parte del desastre. Además podríamos formar una sociedad…

Mi amigo meneó la cabeza.

—Admiro tu optimismo, pero no quiero desilusionarte. ¡Ojalá lo

consigas, Clark!

—Si tus deseos se hacen realidad, cuenta con el puesto de ingeniero jefe, Ricardo. ¡Adiós!

Cuando salí de la oficina, tomé un segundo aero-taxi.

Esta vez, el viaje fue más largo; duró casi el doble. Cuando se paró el vehículo, me vi en las afueras de la ciudad.

La casa de Gussie, exteriormente, no ofrecía ningún detalle particular, a no ser su atrevida construcción. Pero había por la vecindad muchos edificios similares, dadas las características residenciales del barrio.

Pagué la carrera con un solar, agregando un cuarto de propina, lo cual hizo que el conductor se deshiciera en reverencias. Luego avancé hacia la casa de Gussie.

Atravesé el jardincillo, donde un pequeño surtidor ponía la nota cantarina y amable, que aliviaba la monotonía de tantos jardincitos iguales y repetidos hasta la saciedad. Al menos, Gussie, o su padre, habían tenido un pequeño gesto que casi transformaba el jardín por completo.

Llegué a la puerta y oprimí el pulsador del timbre.

Repetí las llamadas tres veces, pero nadie me contestó. Fruncí el ceño; ¿le había ocurrido algo a la chica?

Sabiendo que Dignus había metido sus poco dignas narices en el asunto, cualquier cosa podía haber ocurrido. No sé por qué, el solo pensamiento de que Gussie pudiera haber sufrido algún daño, me indignó.

Entonces se me ocurrió dar un par de golpes con el bastón. Desde afuera no se oía el sonido de la campanilla, por lo que quise pensar en la posibilidad de una avería en la conducción eléctrica. Entonces me di cuenta de que la puerta no estaba cerrada con llave.

La empujé suavemente y asomé la cabeza.

—¡Señorita Tecs! —llamé.

Nadie me contestó.

El silencio empezó a preocuparme. Delante de mí, al otro lado del saloncito-recibidor, divisé una puerta que comunicaba con las habitaciones interiores.

—¡Gussie! —volví a llamar.

La puerta era más bien un dintel, con cortinas a ambos lados, sin batientes para ocultar la visión de lo que sucedía al otro lado.

Súbitamente capté un ligerísimo movimiento en la cortina que había a mi izquierda.

Uno es astronauta, más concretamente, comerciante del espacio, y se ha visto envuelto en más jaleos de los que se pudieran sospechar. Esto confiere experiencia, créanme.

Al otro lado de la cortina había alguien, no cabía la menor duda. Me esperaba, pero yo no tenía ganas de complacer sus deseos.

Crucé el umbral, pero, inmediatamente, di un paso hacia atrás. Alguien salió de su escondite, con un hilo brillante en las manos.

Era un sujeto de regular estatura, pelo rubio, muy rizado, y mandíbula acusadamente salediza. El tipo falló el golpe.

Si acierta, me estrangula en un instante.

Aquel hilo brillante era un cable de acero, con dos tacos de madera en los extremos, para no cortarse las manos. Se envuelve el cable alrededor del cuello de la víctima, se da un tirón… ¡y ya está!

El tipo empezó a girar, buscando recobrar el equilibrio momentáneamente perdido. Dijo algo sucio en un idioma que inmediatamente reconocí como el antiguo francés.

Quiso saltar de nuevo sobre mí, pero yo ya estaba prevenido. Para casos como el presente, el martillito de mi bastón resulta un remedio tajante.

¡Crock!

Eso hizo el bastón. El francés dijo:

—¡Ugh! —y cayó redondo al suelo.

Una voz llegó desde el interior:

—¿Quién era, Jean?

Procuré dar a mi voz una entonación francesa:

—Un cochino entrometido. Creo que el mismo que sacudió ayer a Algy.

—¿Qué le has hecho, Jean?

—Figúrate —contesté con una risita.

Sonaron pasos al otro lado de la puerta. Otro individuo apareció ante mis ojos.

El tipo se llevó una enorme sorpresa al verme en pie. En cambio, su compañero yacía en el suelo.

Este era bajito, delgado, de pelo negro, cuidadosamente peinado. Parecía griego o siciliano.

Y lo demostró, sacando a relucir en el acto un afilado estilete,

con una punta capaz de ensartar a un microbio, pongo por ejemplo de agudeza.

—Voy a ventilar tus tripas —dijo truculentamente, a la vez que, efectivamente, las buscaba con algo parecido a una mortal estocada.

Adelantó el brazo derecho, a la vez que se agachaba y estiraba todo el cuerpo. Si no salto a un lado, me ensarta, desde luego.

Era ágil y se incorporó vivamente, con un gesto de sorpresa en los labios, al ver que había fallado un golpe que debía estimar infalible. Le dirigí una dulce sonrisa.

—Todos nos equivocamos de cuando en cuando —dije, con apacible acento.

Y… ¡crock, crock!, el bastón entró de nuevo en funciones y el siciliano, o lo que fuese, se tumbó a hacer compañía al francés.

Me incliné sobre ellos y les desposeí de sus armas. No llevaban más; sana precaución, para evitar roces con la policía. Luego, seguro de que tenían todavía para un buen rato de sueño, pasé a la habitación vecina.

Miré a Gussie y sonreí.

—Aquí está el caballero andante que viene a rescatar a la bella princesa de las garras del fiero dragón —dije.

Gussie frunció un precioso hociquito de color de rosa y contestó:

—¿Por qué no me suelta ya? ¡Ande, capitán; estoy muy incómoda!

Capítulo III

—ME siento muy defraudado —dije, mientras que con el propio puñal del siciliano cortaba las ligaduras que sujetaban a Gussie a una de sus propias sillas.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¡Hombre! Yo esperaba que empezase a lanzar vítores de alegría… o que se desmayase de la emoción, pero, vamos, su acogida no…

—Cuando termine de cortar las cuerdas, saltaré a su cuello —respondió—. Mentalmente, por supuesto. ¿Cree que no le estoy agradecida? ¡Mire lo que hay en aquel rincón!

Corté el último nudo y volví la vista.

Tratábase de una caja negra, de forma cúbica y de unos cuarenta centímetros de lado, aproximadamente, con unas cuantas esferillas y palanquitas en la parte superior. Una de las esferas indicadoras era algo mayor que las demás y me dio la sensación de ser un osciloscopio.

Sobre una silla contigua y unido a la caja por varios cables, cada uno de distinto color, había un gran casco, con el que podía envolverse la cabeza casi completamente, a excepción del rostro. En mi vida había visto un aparato semejante.

—¿Qué es ese trasto? —pregunté.

—Un explorador mental —contestó Gussie.

—¡Rayos!

La exclamación se escapó de mis labios sin que pudiera evitarlo. Miré a Gussie desconcertado. Ella estaba frotándose las muñecas y

asintió varias veces con la cabeza.

—Así como lo oye, capitán. Hay detectores de mentiras, que operan, como usted no ignora, a base del interrogatorio hecho a un sujeto. Ese aparato, sin embargo, es una especie de máquina hipnótica, que obliga al paciente a decir cuanto sabe en relación con el asunto que interesa al operador que la maneja.

—Vaya —dije, desconcertado—, eso sí que me deja parado. ¡Puede vaciarle a uno la mente con toda facilidad!

—No lo sabe bien —contestó Gussie—. Eh, ¿dónde están esos tipos que me atacaron?

—Durmiendo, en la habitación vecina. ¿Trabajan para Dignus?

—¿Para quién, si no? —contestó ella desdeñosamente—. ¿Qué les ha hecho, capitán?

Sonreí, mientras enseñaba el bastón a la muchacha.

—Les di una ración de *somniferus marfilensis neptunianas* —dije, en latín macarrónico—. Pretendieron, uno por uno, eliminarme del censo de los vivos. Yo me limité a mostrar mi disconformidad con sus deseos.

—Está bien —contestó ella—. Vamos a ver si los echamos de casa.

Pasamos a la habitación contigua. Gussie los despertó, mediante un despertador basado en el liberal, empleo de varias jarras de agua.

Mientras me dijo los nombres de los rufianes. El francés se llamaba Jean Cerain y el siciliano Rico Stalliri. Uno tras otro abrieron los ojos y se sentaron en el suelo, mohínos como gallinas mojadas.

—¡Largo de aquí! —dijo Gussie, con el pecho palpitante por la indignación—. A partir de ahora, tendré un cañón en la puerta y cada vez que vea un esbirro de Dignus, lo recibiré a cañonazos.

Stalliri la miró malignamente.

—El jefe conseguirá lo que desea —gruñó.

—Y acabará obteniendo los planos —añadió el francés.

—¡Ja, ja! —dijo Gussie, pero no reía—. Vamos, fuera, escoria humana.

Mojados y abatidos, pese a sus bravuconadas, Stalliri y Cerain acabaron cruzando el umbral. Cerain, de pronto, se volvió y dijo:

—Nos olvidamos la máquina…

Gussie le tiró un jarrón que le dio en medio de la frente. Cerain lanzó un aullido, se tambaleó y acabó por echar a correr.

—¡Canallas! —dijo Gussie. De pronto, dio media vuelta y corrió a no sé dónde. Cuando volvió, traía en la mano un pesado martillo —. ¡Ahora verán esos tipos qué es lo que hago yo con su máquina!

Estiré el bastón y la cerré el paso.

—Poco a poco, señorita Tecs —dije—. Estimo que lo mejor que puede hacer es recobrar la calma. No se deje llevar por la ira… y respete esa máquina, que debe valer muchos solares.

Gussie me miró, sofocada y alborotada, pero acabó por sonreír.

—Perdóneme, capitán —dijo—, pero es que esos tipos me han puesto muy nerviosa.

—Se comprende —contesté.

—No, no lo comprende bien. Otros cualesquiera habrían empezado por usar la exploradora mental; esos, no; quisieron divertirse antes un poco conmigo, aplicándome la tortura física. ¡Son unos sádicos y querían verme padecer!

—Se ve que Dignus emplea a la gente sin pedir informes de buena conducta —dije.

—Al contrario, los pide con «buenos» antecedentes penales —contestó ella sarcásticamente. De pronto; exclamó—: ¡Eh, oiga! ¿Cómo ha llegado hasta mi casa? ¿Quién le dio mi dirección, si yo no lo hice cuando nos conocimos ayer?

—Tengo un buen amigo mío, ingeniero, que trabajó para su padre —respondí—. Se llama Ricardo Azara.

—Lo recuerdo —dijo Gussie—. Es un buen ingeniero. Pero no entiendo, capitán… ¿Por qué vino a mi casa?

—Curiosidad —respondí—. Oiga, ¿dónde tiene las bebidas? El ejercicio me ha dado sed.

Ella sonrió y su rostro se transformó totalmente.

—Venga —indicó.

Regresamos al saloncito. Gussie llenó dos copas y me ofreció una.

—Así que vino a mi casa por curiosidad —dijo.

—En efecto. Usted me habló de que el semienano quiere arrebatarle el invento que le dejó su padre en herencia. Se me ocurrió visitar a mi amigo Ricardo y este me anticipó algo, pero no pudo darme demasiados detalles. Todo lo que sabe es que se trata

de una astronave movida por motor mental.

Gussie asintió, con cara preocupada.

—Así es —concordó.

—¿Funciona? —pregunté.

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Mi padre murió antes de completar su invento.

Levanté las cejas, con gesto de sorpresa.

—Pero ¿estaba seguro de que daría resultados positivos?

—Sí.

—Y usted ¿también lo cree?

—Mi padre era un sabio —contestó Gussie significativamente.

Me rasqué el cogote.

—Esto es extraordinario —comenté—. Jamás había oído nada semejante, señorita Tecs.

—Así, pues, usted no cree en el invento de mi padre.

—Bueno, mire, yo… ¿Es que piensa que solo con el poder de la mente se puede levantar del suelo a una astronave que pesa miles de toneladas?

Los ojos de Gussie brillaron súbitamente.

—¿Le gustaría conocer la nave? —preguntó.

—¡Ya lo creo! —respondí sin vacilar—. Pero, oiga…

—Dígame, capitán.

—¿No tiene miedo de que Dignus haga una de las suyas y le robe la astronave? Porque supongo que la tendrá en el espaciopuerto…

Una sonrisa indefinible apareció en los labios de la chica.

—Venga, capitán —dijo, tomándome de la mano.

Gussie tiró de mí y me llevó hasta el centro del saloncito. Nos pusimos muy juntos, de tal modo, que a través de sus ropas percibía el suave calorcillo de su cuerpo joven y bien conformado.

—Espere un momento y verá —dijo.

Movió su pie derecho, como si estuviese aplastando una colilla con el tacón de su zapato. Repitió la operación tres veces, y entonces el suelo empezó a descender.

—Es una entrada secreta al laboratorio —explicó, mientras el cuadro en que nos hallábamos perdía altura.

Atravesamos una zona oscura de unos seis o siete metros y

luego, de pronto, salimos a un lugar brillantemente iluminado y de dimensiones aún mayores que las del propio jardín que rodeaba la casa.

Abrí la boca de par en par, asombrado por lo que tenía ante mis ojos. Jamás hubiera podido imaginarme que, en el subsuelo de la casa, existiera un subterráneo tan enorme.

La nave, desde luego, no era grande, si la comparamos con los gigantescos aparatos que surcan las rutas del espacio. A lo sumo, tendría el volumen de cuatro o cinco aeromóviles.

Su forma se aproximaba mucho a la del clásico platillo volante, solo que, en lugar de ser de acción circular, era de forma un tanto alargada, casi pisciforme, aunque sin la terminación en cola orientadora.

Estaba provista de numerosas ventanillas y se ascendía a ella por una escotilla situada en uno de los costados, a tres metros del suelo, provista de una escala replegable, de peldaños metálicos. Gussie, sin vacilar, subió por la escalera y yo la seguí en el acto.

Entré en la nave. El interior era distinto a cuanto había visto.

La característica principal era la amplitud. Uno podía moverse allí sin correr el riesgo de tropezar con un panel de mandos o una silla antichoque. El puesto de mando era espacioso y los sillones del piloto y copiloto grandes y cómodos.

Salvo una puerta cerrada, que daba a un lavabo amplio y capaz, y otra que conducía, según me explicó Gussie, al interior del doble casco, a fin de poder examinar las conducciones, en caso de avería, no había en la nave habitaciones reservadas. La cabina disponía de varios sillones que podían transformarse en cómodas literas.

Gussie presionó un botón y una mesa y dos sillas surgieron del suelo silenciosamente.

—Tome asiento —capitán.

Obedecí, mudo de asombro. Gussie abrió un armarito y sacó de su interior una plancha de metal brillante, provista de unos orificios para conexiones.

Sobre la plancha, colocó un paquete de cigarrillos que extrajo de otro armario. Luego trajo algo que parecía un cilindro de gran tamaño, con un hueco en una de sus bases, que se acomodaba con justeza al cráneo de una persona.

El cilindro estaba provisto de varios cables, con terminales para

conexión. Gussie dijo:

—Póngaselo, capitán. No tenga miedo —advirtió—; no le causará el menor daño.

—Si usted lo dice…

El casco, pese a su apariencia, era liviano y no molestaba en absoluto. Gussie conectó los cables a la plancha, hecho lo cual se dirigió a un panel de control, en el cual movió unas cuantas palanquitas.

Varias luces de colores se encendieron inmediatamente. Una vez realizadas tales operaciones, Gussie se volvió hacia mí y dijo:

—¿Está listo, capitán?

—Sí, claro.

—Vacíe su mente de cualquier pensamiento ajeno a lo que sucede en esta cámara. Concéntrese solamente en el paquete de cigarrillos que tiene frente a sí.

—Estoy haciéndolo, señorita Tecs —contesté.

—Muy bien, entonces, mentalmente, ordene al paquete de tabaco que se eleve y se mueva por la cámara… ¡por donde a usted se le antoje! ¡Hágalo sin vacilar, capitán!

Concentré mis pensamientos sobre los cigarrillos. De pronto, el paquete se separó de la plancha, y se elevó unos centímetros en el aire.

—¡Es fantástico! —exclamé.

Entonces el paquete cayó de nuevo sobre la plancha.

—¡No se distraiga, capitán! —exclamó Gussie—. ¡Siga, siga con el experimento!

Hice un esfuerzo mental y, de nuevo, el paquete volvió a elevarse en el aire. Sí, realmente, era algo fantástico.

Capítulo IV

AHORA ya sabía lo que debía hacer. Trasladé el paquete de tabaco adonde me dio la gana, aunque, lógicamente, sin sacarlo de la cámara. Al cabo de unos minutos, Gussie me hizo una seña.

Hice que el paquete regresara a su sitio. Gussie empezó a desconectar los aparatos.

—¿Se ha convencido, capitán? —me preguntó.

—Hasta cierto punto tan solo —contesté, elevando las manos hacia el casco.

Gussie se acercó para ayudarme.

—El experimento ha sido definitivo —dijo.

—Mire, señorita Tecs, como experimento de psico-física recreativa está pero que muy bien, dicha sea la verdad. ¡Pero no es lo mismo mover una nave que un simple paquete de cigarrillos!

Ella se mordió los labios.

—Tiene usted razón, aunque solo en parte —contestó.

Me puse en pie y recobré el bastón.

—¿Qué le falta a la nave? —pregunté.

Gussie se pasó una mano por la frente.

—No lo sé, francamente. Tendría que volar… pero no se mueve del suelo.

—Claro, encima tiene una casa con jardín —dije.

—No es eso, capitán… Podría elevarse, al menos, unos centímetros, sin tocar con el techo del laboratorio, pero…

—Bueno, pero ¿puede al menos explicarme el funcionamiento de su motor mental?

Ella asintió.

—Es bien sencillo —respondió—. Simplemente, se trata de amplificar millones de veces las ondas mentales… las mismas que usted ha emitido para levantar el paquete de cigarrillos y, una vez conseguido, llevar la astronave adonde uno lo desea.

—¡Pero eso significa la traslación instantánea! —exclamó—. En fracciones de segundo, uno puede encontrarse a cien años luz de la Tierra.

Gussie sonrió.

—Así sería, si no hubiese que trasladar algo más que el pensamiento —contestó—. Pero la nave es un objeto sólido y, lógicamente, está sujeta a ciertas limitaciones que de ningún modo se pueden soslayar.

—¿Cuál es la velocidad que, según las teorías de su padre, podría alcanzar?

—Por supuesto, mucho mayor que cualquier astronave corriente. Una vez en el espacio, se podría viajar al menos a una velocidad cincuenta o cien veces superior a la de cualquier otra astronave, según los casos.

—¡Rayos! —dije, cayéndome sobre una silla.

Ella hizo un signo con la cabeza.

—Así sería… si el «motor» estuviese terminado —dijo.

—¿Qué le pasa?

—¿Cree que no lo quisiera yo saber también? La amplificadora grande del potencial electromental no funciona, eso es todo. Mi padre… murió antes de terminar las pruebas y poder encontrar los fallos.

Miré a la chica fijamente.

—Creo que Dignus tuvo algo que ver con esa muerte, ¿no?

—Sí —suspiró Gussie—. Estoy segura de ello, pero no puedo probarlo.

—Hablando objetivamente, Dignus cometió un error.

—Él creía que mi padre ya tenía lista la astronave, capitán.

—Comprendo —dije—. Pero ¿sabe dónde la guarda, señorita Tecs?

—No, y esa es mi fortuna —los ojos de Gussie chispearon—. No cedería mi invento por todo el oro de la Galaxia, pero, si me viese obligada a hacerlo, se lo daría a otro cualquiera antes que a Dignus.

Me pellizqué el labio inferior con gesto pensativo.

—A usted le gustaría poder hacer volar su nave con un motor mental, ¿no es eso?

—Figúrese, capitán —dijo Gussie.

Pero su acento estaba cargado de pesimismo.

—Bueno, si seguimos investigando, es posible que lleguemos a dar con la solución.

Las cejas de Gussie se levantaron.

—¿Ha dicho… «lleguemos», capitán? Está hablando en plural —observó.

Lancé una sonrisa.

—Sé perfectamente lo que me digo —contesté—. A menos, claro está, que rechace usted mi ayuda.

Gussie juntó las manos sobre el regazo.

—No sé qué decirle —contestó, con acento emocionado—. Sería pedir demasiado… y, por otra parte, usted no está aún curado del todo.

—Hombre, no ganaría una carrera de cien metros lisos, por supuesto; pero puedo moverme bastante bien. Y, si no, que se lo pregunten a los sicarios de Dignus.

—A pesar de todo —dijo la chica—, usted no es… bueno, quiero decir que…

No sabía cómo expresarlo.

—La entiendo perfectamente, Gussie. Usted, lo que quiere decirme es que no poseo la suficiente base científica como para completar el aparato.

—Si no se ofende por mi franqueza, así es, capitán.

—Yo no he intentado meterme a reparador de motores mentales —dije—. Pero sí puedo hacer que usted termine en paz la labor que inició su padre. No olvidemos que está amenazada y no precisamente por un tipo cualquiera.

El lindo rostro de la chica se ensombreció.

—Dignus es un enemigo terrible —dijo.

—Cuando yo me pongo en campaña, resulto devastador. ¿Podrá usted terminar el invento?

—No estoy segura —vaciló.

—Espere. Ricardo Azara trabajó para su padre. ¿Por qué no le contrata? Usted debe de guardar en alguna parte notas, diseños,

planos… Déselos para que los estudie; que venga aquí y revuelva los entresijos de la nave, que la ponga si es preciso patas arriba… Estoy seguro de que, entre los dos, acabarán por conseguir la victoria.

Gussie se contagió de mi entusiasmo.

—Mañana mismo hablaré con él —prometió.

—De acuerdo. Y mientras tanto, yo…

Ella me miró con expresión anhelante.

—¿Qué hará, capitán?

—Lo primero de todo, tomar precauciones. Esta casa no puede estar sin una vigilancia continua a partir de ahora.

—Está hablando de contratar detectives o algo por el estilo.

—Exactamente. Y vamos a empezar ahora mismo. ¿Dónde hay un visófono en esta casa?

—Arriba, por supuesto.

Momentos después, nos hallábamos en el saloncito. Busqué el aparato, marqué un número y, a poco, apareció la cara de un hombre en la pantalla.

—¡Capitán! —exclamó Jess Topp—. ¿De dónde sale usted?

Jess había pertenecido antaño a la tripulación de la «Miss X». Se casó con una chica rica y ahora dirigía su negocio y se hinchaba de dinero. Pero yo sabía que, pese a todo, añoraba nuestras aventuras espaciales.

Estaba enamorado de su mujer, tenía tres chiquillos preciosos… pero de cuando en cuando le hervía la sangre y el cuerpo le pedía acción.

—Le necesito, Jess —dijo.

—No se hable más. ¿Cuándo zarpamos?

Me eché a reír.

—No se trata de un vuelo por el espacio, sino algo más sencillo. Escuche con atención y anote las señas que le voy a dar.

—Soy todo oídos, capitán.

Momentos después, Jess decía:

—¿Y bien?

—Acuda a esta casa y preséntese a la señorita Tecs. Tiene que vigilarla, eso es todo. Por supuesto, le enviaré otros ayudantes… pero si se piensa que su labor va a ser monótona, se equivoca, Jess. Venga bien armado, ¿comprende?

—No se hable más. Dentro de una hora estaré ahí.

Corté la comunicación. Gussie me miró y dijo:

—Hay un inconveniente, capitán.

—¿Cuál? —pregunté.

—Ando ahora un poco escasa de fondos… Esos hombres deben cobrar por su labor…

—No se preocupe; los pagaré yo de mi bolsillo.

—¿Y cuándo le devolveré el dinero? —preguntó ella, afligida.

—Gussie, yo soy un traficante del espacio —contesté—. Cuando esté curado del todo, alistaré una nave y reemprenderé mis actividades. Pero, si esa nave puede volar cincuenta o cien veces más rápida que las demás, ¿se imagina cuáles serán mis beneficios?

Ella sonrió.

—Entiendo. Usted me abre un crédito…

—Hasta el fondo de mi cuenta corriente —contesté, mirándola fijamente.

De pronto, me acordé de ella y me puse serio.

—¿Qué le sucede, capitán? —preguntó Gussie.

—Oh… nada, no tiene importancia…

Ella era mujer. Su intuición no la engañó.

—Se me ocurrió releer los relatos de la catástrofe en la que estuvo a punto de perecer —dijo—. Solo usted y otros se salvaron.

—Sí.

—¿La… la quería mucho?

Moví la cabeza.

—Olvidémoslo —dije.

Gussie me puso una mano en el brazo.

—Cuente con mi simpatía, capitán —murmuró.

—Es suficiente —respondí.

Una hora después, entraba en una taberna situada en la parte antigua de la ciudad. Su título era sugeridor: «El Descanso del Astronauta».

Allí se reunían, sobre todo, tripulantes de astronaves en sus períodos de estancia en la Tierra. Era un local grande y capaz, pese a su modesta apariencia, pero con la ventaja de servir bebidas auténticas… y de las buenas.

Me detuve en el umbral. Había un tabladillo sobre el cual, una cantante de exuberante busto entretenía a la concurrencia. El suelo

del estrado estaba lleno de monedas de todas las clases galácticas, síntoma indudable de que su arte, no menos que sus numerosos y poco velados encantos agradaban a la concurrencia.

Desde el umbral, busqué con la vista a los hombres a quienes deseaba contratar. Un tipo como yo conoce a la gente del espacio y sabe, per regla general, quién está en activo y quién busca empleo.

Descubrí a tres tipos de fiar. Eran gente ruda, de bronce, pero leales e incapaces de mezclarse en asuntos sucios. Bueno, no digo que alguno no hiciera su contrabando de cuando en cuando —¿qué astronauta está libre de ese pecadillo?—, pero no se meterían en puñaladas por la espalda ni secuestros ni cosas por el estilo.

Avancé hacia la mesa ocupada por el trío. Sus nombres eran Raf García, Hal Jinks y Terry Peters, fornidos, robustos y despiertos.

—¡Capitán! —gritó Peters, el primero en verme.

—¡Por todos los meteoritos del espacio! —dijo García.

Jinks era parco y sobrio en palabras, pero, si no quito mi mano a tiempo, me hace polvo los huesos.

—Hola, chicos —saludé, sentándome entre ellos—. Me parece que los tres tienen aspecto de necesitar un empleo.

—Usted perdió su nave, capitán —dijo García.

—¿Ha comprado una nueva? —inquirió Peters.

—Estoy en trámites. Cuando la tenga, podéis contar con una plaza en ella, pero antes he de encomendaros otro trabajo. Con la paga de vuelo orbital interestelar, por supuesto.

—¡Bravo! —aprobó el silencioso Jinks.

—¿En qué consiste ese trabajo? —quiso saber García.

Reflexioné unos instantes.

Eran tipos seguros, de fiar. Me pareció que actuarían mejor conociendo la verdad… todo lo que se podía saber al respecto acerca del invento del profesor Tecs.

—Se trata de un nuevo tipo de nave —contesté—. Cuando esté lista, volará a casi la velocidad del pensamiento y no es una frase hecha.

—¡Diablos! —dijo Peters.

—Me deja usted parado —añadió García.

—¿Y…? —murmuró Jinks.

—¿Alguno de vosotros ha oído hablar de Magnus Dignus?

Los tres astronautas cruzaron entre sí miradas de inteligencia.

—Enjuáguese la boca después de pronunciar ese nombre, capitán —dijo García, a la vez que me alargaba un vaso lleno.

Jinks fue aún más gráfico.

Dijo:

—¡Puaf!

—Afortunadamente, lo de Adán y Eva ocurrió antes de que naciera Dignus —comentó Peters—. De lo contrario, la serpiente se hubiera quedado sin su empleo.

—Celebro vuestra forma de pensar —dije—. Pues bien, el asunto de que se trata…

García me puso una mano sobre el brazo, interrumpiéndome bruscamente. En voz baja, preguntó:

—Capitán, ¿le han seguido?

Capítulo V

GARCÍA me miraba fijamente.

—No vuelva la cabeza —añadió en el mismo tono—. Cerca de nosotros, hay tres tipos que no parecen perderse sílaba de lo que hablamos.

—Tratándose de Dignus, no me extrañaría en absoluto —contesté—. Bien, vuestro empleo consistirá en vigilar con toda atención la casa de una chica llamada Gussie Tecs e impedir que ronden o penetren en ella gentes sospechosas.

—De acuerdo —contestó Peters.

Saqué un papel del bolsillo.

—Esta es su dirección —dije—. Hay que empezar cuanto antes. La vigilancia no deberá cesar un momento, ni de día ni de noche, con los relevos oportunos. ¿Entendido?

—No se hable más, capitán —dijo Peters.

Metí la mano en el bolsillo.

—Os hará falta dinero —conté unos billetes—. Media paga a cada uno como anticipo. Ah, un tal Jess Topp forma también parte del equipo. Ya estará en casa de la señorita Tecs.

—Le conozco —dijo Jinks—. Es hombre de fiar.

—Suficiente —contesté. Me puse en pie—. Eso es todo por hoy.

Miré hacia el escenario. Me pareció que la cantante del busto ampuloso me hacía un guiño, pero, modestia aparte, no encontré en el gesto nada de particular; siempre he sido muy favorecido por mis congéneres del sexo opuesto y, en aquellos momentos, yo no estaba para devaneos.

Di media vuelta y me dirigí hacia la salida. Al pasar por la mesa que García me había señalado, lancé una rápida mirada a los tres tipos.

García no se había equivocado. Uno de ellos era Pat Jarkey, el ex boxeador.

A los otros no les conocía, pero su aspecto era tan poco simpático como el de Jarkey. Fingiendo no haberme percatado de su presencia, abandoné la taberna y salí a la calle.

Era ya de noche. Caminé lentamente por la acera, esperando que pasara algún vehículo para regresar a mi casa. De pronto, escuché pasos cautelosos a mi espalda.

Una voz dijo:

—¡Ahí va!

—Andando, por él —sonó una voz bronca.

Me volví en redondo.

Los rufianes se disponían a atacarme. Súbitamente, se oyeron tres golpes simultáneos.

Los tres tipos cayeron al suelo. García me dirigió una amplia sonrisa.

—Nos figurábamos lo que iba a pasar, así que les seguimos y…

—Gracias, Raf —dije.

—¿Quiere que llamemos a la policía? —preguntó Peters.

—No, dejemos las cosas tal como están. Vayan cuanto antes a casa de la señorita Tecs.

—Bien, capitán.

Eso fue todo lo que hubo. Sin más incidentes, llegué a casa y, tras consumir una cena ligera, me metí en la cama.

Estuve meditando un rato antes de dormirme. El invento del profesor Tecs, si se convertía en realidad, resultaría una auténtica revolución en los transportes y comunicaciones interestelares.

La chica, con la patente, se forraría de millones… pero ¿dónde estaba el cerebro suficientemente poderoso para poder mover una astronave, por muchos aparatos amplificadores del potencial electromental que se les aplicase?

Al fin, me dormí antes de hallar una respuesta medianamente satisfactoria.

Por la mañana, apenas terminado el aseo y el desayuno cotidianos, recibí una llamada.

Era Dignus en persona el que estaba ante mí, en la pantalla.

—Capitán, quiero hablar con usted —dijo imperativamente.

—Sé lo que me va a decir, así que no siga. Mi respuesta es no de antemano.

Dignus no se inmutó.

—Venga a mi casa —pidió con relativa humildad—. Le aseguro que no le pesará.

—¿Y si no voy?

—Peor para usted —dijo fríamente.

—¿Me aplicará el mismo tratamiento que al profesor Tecs?

—Aquello fue un error, capitán.

—Bueno…

—Venga, le espero —cortó el semienano.

Y su cara se borró de la pantalla.

Me froté la mandíbula, irresoluto. ¿Debía acudir? ¿No se trataría de un lazo?

De un tipo como Dignus, todo podía esperarse. Pero la curiosidad pudo más que yo y acabé por abandonar la casa y salir en busca de un vehículo que me condujese hasta el domicilio del semienano

La mansión rebosaba dinero por todas partes. El buen gusto, sin embargo, no faltaba; si se gastaba dinero en lo material, también había sabido gastárselo en los artistas que habían levantado y decorado el edificio.

Crohan salió a recibirme. El tipo me miró de muy mal talante.

—¿Resentido? —sonreí.

—El jefe le espera —contestó evasivamente.

Dignus se hallaba en un salón tan grande como un campo de fútbol. Ni las mesas ni las sillas tenían patas; simplemente, se sostenían por antigravedad.

Dos de los muros del salón eran totalmente de vidrio, de una sola pieza doblada en ángulo diedro. En uno de ellos daba el sol de lleno, pero Dignus había obviado el inconveniente, polarizándolo para matizar la intensidad de los rayos solares.

Los ojos del semienano parecieron taladrarme el cerebro. Sin más preámbulos, dijo:

—Fije, una cifra, capitán.

Levanté las cejas, simulando sorpresa. La verdad era que las

palabras de Dignus se entendían en el acto.

—¿Una cifra?

—Sí. Usted es un traficante del espacio. Necesita una nave, mercancías, tripulación… Puede tenerlo todo en una semana, pasada la cual estará en condiciones de despegar. No se pare en barras; pida y tendrá la suma que necesite.

—Me marean sus palabras, Dignus —contesté.

—Hablo en serio —dijo él.

—Usted desconoce la sonrisa.

Empezó a impacientarse. De pronto, me lanzó algo que revoloteó en el aire con ruido inconfundible de papeles.

—Es un talonario de cheques —dijo—. Hay uno firmado en blanco. Llénelo usted mismo.

Dejé caer al suelo el talonario.

—No —respondí lacónicamente.

Los ojos de Dignus centellearon.

—¿Es su última palabra?

—Sí.

Hubo un instante de silencio.

Luego Dignus, con voz acerada, dijo:

—Capitán, voy a darle un minuto para que reflexione. No tendrá más oportunidades.

—Le sobran cincuenta y ocho segundos. Dignus —respondí inflexiblemente.

Dignus calló. Fijó la vista en su reloj de pulsera, mientras yo esperaba a pie firme.

Al cabo de un rato, dijo:

—Ha pasado ya el minuto, capitán.

Alargó la mano, tocó un botón de encima de su mesa y el suelo se hundió bajo mis pies.

Caí sobre una red, que me evitó cualquier daño. La trampa se cerró sobre mi cabeza y me vi envuelto en una oscuridad absoluta.

Había perdido el bastón y estaba inerme. Intenté moverme sobre la red, pero antes de que lograra algo positivo, se abrió una puerta al fondo.

Un rectángulo de luz quedó ante mis ojos. Dignus apareció, seguido de Crohan y de Jarkey.

—Sujétenlo —ordenó.

En la red, yo estaba poco menos que indefenso. Mi captura resultó fácil esta vez.

Los dos rufianes eran fuertes. Mis esfuerzos para soltarme de ellos resultaron inútiles.

Minutos después, me hallaba sólidamente amarrado a un sillón, cuyas patas estaban atornilladas en el suelo. Crohan me colocó en la cabeza un casco, similar al que había visto en caso de Gussie.

Era una exploradora mental. Con dedos expertos, Dignus puso el aparato en funcionamiento.

—¿Capitán?

—Le oigo —dije con voz monocorde, como de hipnotizado.

—Usted estuvo ayer en casa de Gussie Tecs.

—No…

—¡Miente! ¡Diga la verdad!

El casco ejercía una presión irresistible sobre mi mente.

—Sí —confesé.

—Habló con ella.

—Sí.

—¿Le enseñó o le dijo dónde guarda el invento de su padre?

—Sí.

Dignus se inclinó ávidamente hacia mí.

—¿Dónde lo tiene?

—Bajo la casa, en un gran sótano.

Dignus lanzó un fuerte resoplido.

—¡Debí haberlo imaginado! —exclamó, lanzando a un lado el micrófono del cual se había servido para interrogarme—. Es suficiente por ahora.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Crohan.

Dignus se encogió de hombros.

—Es un estorbo —respondió significativamente.

Y se marchó.

Jarkey me quitó el casco. Inmediatamente, recobré mi claridad habitual en el cerebro.

Sentíame sumamente afligido.

Había traicionado a Gussie. Podía decirse que involuntariamente, pero… ¿no podía haberme quedado en casa?

Ahora era ya tarde para rectificar. Dignus había pronunciado la sentencia de muerte y… Gussie sería presa fácil.

Crohan y Jarkey se consultaron con la mirada.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó el primero.

—Debe desaparecer sin dejar rastro —contestó el ex boxeador.

—Entonces no hay más que una solución, Pat.

—Lo mismo pienso yo, Algy —dijo Jarkey, sonriendo malignamente.

—Lástima que no podamos lanzarlo con sillón y todo —suspiró Crohan.

Empecé a sentir frío. ¿Qué fin me destinaban aquellos dos sujetos?

Crohan se dirigió hacia la pared opuesta y presionó un botón.

Delante de mí, a tres metros, un trozo circular del suelo se deslizó en silencio. Un sordo zumbido hirió mis oídos inmediatamente.

Los pelos se me pusieron de punta. En el hueco que tenía ante mi vista, una gigantesca rueda de paletas volteaba a millares de revoluciones por minuto.

El diámetro de la rueda era al menos de tres metros. Las paletas no se veían; eran apenas un disco mate, tal era su fabulosa velocidad.

Jarkey me dirigió una sonrisa llena de sadismo.

—Capitán, su cuerpo quedará reducido a fragmentos microscópicos. Una corriente de agua arrastrará esos fragmentos a la cloaca y desaparecerá como si no hubiera existido.

Tragué saliva. La imaginación más desatada no habría sido capaz de concebir un medio de matar más rápido, pero, sobre todo, eficaz y discreto.

Absolutamente discreto.

Las ligaduras que me sujetaban al sillón consistían en unas abrazaderas metálicas. Crohan apretó otro botón y quedé libre.

Inmediatamente, los poderosos brazos de Jarkey me rodearon por los hombros, impidiéndome cualquier movimiento.

—¡Ayúdame, Algy! —pidió.

Capítulo VI

CROHAN se separó de la pared y vino hacia mí.

Sus intenciones eran visibles. Entre los dos, me cogerían por los brazos y las piernas y me lanzarían a la turbina.

Crohan se acercó e inclinó su cuerpo, buscando mis tobillos con los brazos alargados. Entonces, a la desesperada, distendí mis piernas, alcanzándole de lleno en la mandíbula con los dos pies juntos.

Crohan retrocedió unos pasos, braceando aparatosamente. De pronto, se encontró con los tacones de sus zapatos al borde del agujero circular.

Un grito horrible se escapó de sus labios. Durante un espacio de tiempo que pareció infernalmente largo, permaneció allí, agitándose espasmódicamente, luchando con desesperación por salvar la vida. En realidad, su detención no duró apenas un cuarto de segundo.

Luego, inexorablemente, se inclinó hacia atrás y hacia un costado. En aquel brevísimo instante, media décima de seguido quizá que duró la visión, pude contemplar la terrible expresión de su rostro.

Cayó a las paletas de la turbina.

El tenue zumbido cambió de tono durante unos instantes. Unas chispas rojas subieron a lo alto y volvieron a descender como siniestra lluvia.

A Crohan le había sucedido exactamente lo que Jarkey había pronosticado para mí: había desaparecido como si nunca hubiera existido.

Jarkey y yo nos habíamos quedado inmóviles durante aquellos cortos y espantosos momentos. Luego, de pronto, a una, cada cual adquirió la conciencia de que no estaba solo y que había un asunto por terminar.

Para Jarkey, el asunto consistía en liquidarme. Para mí, evitar que lo consiguiera.

El ex boxeador empezó a arrastrarme hacia la turbina, mientras que de su boca se escapaban horribles improperios. Yo me resistí, pero mi pierna herida se resentía más de la cuenta.

Ello me colocaba en inferioridad de condiciones. En estado normal, poco habría temido yo a Jarkey, pese a su hercúlea fuerza.

Pero ya he dejado sentado que un traficante del espacio es un sujeto que conoce muchos trucos y, como suele decirse, con siete vidas, como los gatos. Levanté el pie izquierdo y golpeé con todas mis fuerzas la pierna de Jarkey.

El rufián lanzó un aullido y aflojó la presión. Fue suficiente.

Levanté el pie de nuevo y clavé mi tacón en el empeine de su pie. Jarkey empezó a dar unos ridículos saltitos por la estancia, a la vez que gritaba ensordecedoramente. En medio de todo, daba risa.

Mi bastón continuaba en el suelo. Me agaché, lo recogí, empuñándolo por la parte próxima a la puntera y lo moví en semicírculo, buscando con el martillito de marfil neptuniano la nuca del ex boxeador.

Resopló al primer golpe. Cuando le aticé el segundo, ya no dijo nada.

Respiré aliviado, mientras contemplaba en el suelo la enorme figura de Jarkey. El orificio circular estaba a pocos pasos y la turbina continuaba girando velozmente.

Me estremecí al recordar la horrible muerte de Crohan. ¿Qué terribles pensamientos no habrían pasado por su mente, durante aquella fracción de segundo, en que adquirió la irremediable convicción de que estaba condenado a muerte?

Sacudí la cabeza. Nada podía hacerse ya por el desdichado.

En cambio, Gussie Tecs corría peligro. Yo le había dicho a Dignus dónde tenía su astronave. ¿Habría llegado ya el semienano a la casa de la Gussie?

Todavía tenía una probabilidad. Busqué la salida y eché a correr escalera arriba.

Atravesé un par de habitaciones, antes de dar con el despacho de Dignus. Alcancé el fonovisor y marqué el número de Gussie.

Esperé unos segundos. La pantalla se iluminó, reflejando una vista parcial del salón de la casa de Gussie.

—¡Gussie! —llamé.

Nadie contestó a mi llamada. Entonces me di cuenta de una cosa.

Alguien había dado el contacto al otro lado, pero procurando situarse fuera del campo del objetivo captor de imágenes, a fin de no dejarse ver.

Gussie no hubiera hecho una cosa semejante. No tenía por qué hacerlo, sencillamente.

En cambio, sí había una persona a la cual no le interesaba ser vista.

Magnus Dignus.

Esto significaba que Dignus había invadido la casa de Gussie.

Lancé un potente grito:

—¡Dignus! ¡Está ahí, lo sé, no se esconda! ¿Dónde está Gussie? ¿Qué le ha hecho usted?

El semienano guardó silencio. Exasperado, dije:

—Dignus, si ha causado el menor daño a Gussie Tecs, le arrancaré el pellejo a tiras…

La pantalla se apagó repentinamente.

Comprendí que Dignus había cortado la comunicación. Simplemente, había dado el contacto para saber quién llamaba a la chica.

Y ahora, no cabía la menor duda, ella estaba en su poder.

Me pregunté amargamente de qué habían servido mis precauciones. Cuatro hombres de pelo en pecho no habían sido suficientes para detener a Dignus y sus esbirros.

Abandoné la casa lentamente. Por supuesto, Dignus no iba a traer a Gussie a su residencia habitual. Tendría algún escondite seguro —era hombre al que no le faltaban medios—, pero, ¿quién diablos podía saber dónde estaba ese escondite?

Animado por una vaga esperanza, detuve un aero-taxi y le ordené llevarme a casa de Gussie. Media hora después, me apeaba del vehículo.

El edificio estaba quieto, silencioso. Crucé el jardín sin que nadie

me estorbase.

De pronto, vi asomar por entre un macizo de plantas los pies de un individuo. Separé los ramajes y pude ver el rostro contorsionado de Hal Jinks.

Toqué su mejilla. La carne cedió con blandura sorprendente.

Entonces comprendí el origen de su muerte. Le habían hecho un disparo a boca jarro con una pistola vibradora, cuyas descargas rompían la cohesión de las moléculas orgánicas.

El cuerpo no variaba de apariencia por el momento, pero, debajo de la piel, solo había una masa orgánica sin vida, sin forma alguna, confundidos las vísceras y los líquidos orgánicos en una pasta horrible.

—Alguien pagará esto, Hal —dije a media voz, mientras continuaba hacia la casa.

El silencio era absoluto. Aunque la zona estaba poblada, la separación entre cada residencia era notable, por lo cual no tenía nada de particular que los vecinos no se hubiesen apercibido de la lucha que, sin duda, se produjo al llegar Dignus con sus esbirros.

Además, la pistola vibradora actuaba silenciosamente, Dignus, con el factor sorpresa a su favor, había podido, pues, actuar con plena impunidad.

Entré en la casa.

—¡Gussie! ¡Gussie! —llamé un par de veces, aunque ya sin esperanza alguna.

Recorrí el edificio. Estaba vacío, sin señales de lucha alguna, que fue lo que más me extrañó.

Solo pude encontrar una silla volcada en la cocina. Había un plato a medio vaciar sobre la mesa, lo cual me dijo que alguien, al llegar Dignus, se había levantado a la carrera, disponiéndose a la defensa de Gussie, defensa, que, no había más que ver, había resultado completamente inútil.

Regresé al saloncito. ¿Tan fáciles habían resultado las cosas para el semienano?

Durante unos segundos, estuve inmóvil en el centro del salón, rumiando a solas mis pensamientos. De pronto, oí pasos en el exterior.

Con la ayuda del bastón, alcancé la puerta. Me coloqué a un lado del umbral y esperé.

Alguien, con uña vocecilla aflautada, dijo:

—¿Puedo pasar, señorita Tecs?

La voz me pareció conocida. El tipo, viendo que no le contestaba nadie, asomó la cabeza.

—¡Señorita Tecs!

Parpadeé, atónito. ¿Quién iba a esperar una visión semejante en aquel lugar y a tales horas?

El sujeto era menudo, delgadito y tenía un tipo ridículo, con unos brazos desmesuradamente largos y unas piernas de palillos. Su cabeza era cónica, sin pelo; sus orejas terminaban en punta por la parte superior y, en fin, su epidermis tenía un estremecedor color amarillo verdoso que le hacía a uno pensar en un enfermo crónico de la vesícula biliar.

No era enemigo, por supuesto, así que no hice ningún gesto hostil. El tipo de la cabeza de pera me miró y, tras fruncir el ceño un instante, dijo:

—¡Hola, capitán!

Respingué.

—¿Cómo? ¿Me conoce usted?

El hombrecillo sonrió.

—¿Ya no se acuerda de Rekhz, de Marved, del 7.º Sistema de Orión?

—¡Rayos!

Claro que me acordaba de él. Incluso, en cierta ocasión, le había hecho un favor de los gordos, durante una de mis paradas comerciales en Marte.

—¿Qué hace aquí, Rekhz? —pregunté.

—Pues… no puedo darle una respuesta exacta, capitán —dijo.

—Ha venido en busca de Gussie Tecs, que yo sepa.

—Claro. Me llamó ella, pero, a lo que veo, no está en casa. ¡Qué falta de formalidad! —refunfuñó el hombrecillo.

No tenía ganas de meterme en explicaciones. Cuanta menos gente estuviese enterada del asunto, mejor.

—Las mujeres, ya se sabe —dije, con una amplia sonrisa—. ¿Todo bien por Marved, Rekhz?

—No puedo quejarme, capitán. Bien, si ve a esa señorita informal, dígale que la próxima vez que quiera algo de mí, que vaya a verme a mi despacho de la Embajada.

—No sabía que perteneciese ahora a la carrera diplomática, Rekhz —manifesté, sorprendido.

—Soy segundo secretario de la cancillería —contestó el hombrecillo—. Me alegra haberle visto, capitán. ¡Adiós!

Rekhz dio media vuelta y se marchó, dejándome no poco preocupado.

¿Necesitaba Gussie algún material que no podía hallarse en la Tierra?

Repasé con la memoria las cosas que se podían comprar en Marved. Los metales eran los mismos, las astronaves marvedanas no mejoraban ciertamente a las terrestres… Entonces, ¿qué diablos quería Gussie del hombrecillo?

De pronto, recordé una cosa. Para mí, Dignus se había llevado a la chica. Pero una astronave, aunque fuese tan pequeña como Gussie me había enseñado, no puede uno llevársela en el bolsillo.

Por lo tanto, debía continuar aún en el mismo sitio. ¿Cómo había hecho Gussie para poner el ascensor en funcionamiento?

Hice un esfuerzo de memoria. Sí, había movido el pie de una forma un tanto extraña…

El suelo descendió, apenas hube realizado los movimientos adecuados. Contuve la respiración, pensando en que tal vez Dignus y sus esbirros estaban torturando a la chica en el sótano, para obligarla a la cesión de su invento.

Al fin, el ascensor se detuvo. Entonces pude comprobar que el laboratorio estaba desierto.

Y vacío.

Sí, vacío porque también faltaba la astronave.

Capítulo VII

ERA de noche, estaba en mi casa y todavía no había hallado una solución para los problemas que bullían sin cesar en mi mente.

Gussie había desaparecido. Estaba en poder de Dignus.

¿Dónde la había escondido el semienano?

Contemplé con ojos vacuos el resto de licor que quedaba en el fondo de mi vaso. ¿Era el alcohol el remedio para mis males?

De súbito, se me ocurrió una idea.

Dignus estaba en la ciudad, no podía ser de otro modo.

Aparte de sus trapacerías, tenía otros negocios, absolutamente legales, que requerían su presencia al frente de los mismos.

Entonces, estaba en su casa. Naturalmente, Gussie se hallaría en el lugar elegido para el secuestro… ¿y quién sabía si era el propio domicilio del semienano?

Aún me acordaba del sótano al cual había sido lanzado tan arteramente. ¿Por qué no podía estar Gussie bajo el despacho de Dignus?

Y ¿qué había sido de los demás?

Muertos, seguramente. Dignus no quería estorbos; ya lo había dicho en una ocasión y yo se lo había oído.

Me puse en pie y, apoyado en el bastón, me dirigí hacia la puerta. ¿Cuándo terminaría de curarse aquella maldita pierna?

Esta vez, subí a la azotea, donde tenía mi aeromóvil. Me acomodé en el puesto del conductor, seleccioné el canal de vuelo y los mecanismos automáticos del aparato hicieron el resto.

Un cuarto de hora después, recobré el mando. Di la señal

oportuna y abandoné el canal de vuelo, descendiendo con cautelosa lentitud, hasta hallarme en las inmediaciones del jardín de Dignus.

A partir de aquí, avancé poco a poco, hasta divisar un muro de cristal translúcido, brillantemente iluminado. Al otro lado, se veía una silueta menuda, cuadrada, moviéndose rápidamente de un lado para otro.

Dignus parecía nervioso. ¿Por qué?

Tras reflexionar unos instantes, decidí que lo mejor era llamar a la puerta. Stalliri, vestido con algo que parecía una librea de mayordomo, apareció ante mis ojos.

El martillito del puño de mi bastón hizo el acostumbrado «¡Crack!» antes de que el siciliano tuviera tiempo de despegar los labios. Pasé por encima de él y caminé en silencio hasta la puerta del despacho.

Abrí poco a poco. Dignus continuaba sus paseos, murmurando algo entre dientes.

—¿Nervioso? —pregunté cortésmente.

Dignus se volvió como picado por un áspid. Sus ojos centellearon de ira durante unos segundos, pero se recobró pronto.

—Pase, capitán —invitó—. Tenemos que hablar.

—Celebro la coincidencia de pareceres —dije, cerrando a mi espalda—. Pero si yo hubiera tenido la buena suerte de escapar, usted, ahora, no podría formularme esa invitación.

—Es usted un tipo duro, capitán, mucho más duro de lo que yo había pensado —contestó Dignus ceñudamente. Se acercó a un aparador con bebidas y destapó una botella—. ¿Por qué no abandona su obstinada actitud y se une a mí?

—Ya conoce mi opinión al respecto. Hay materias en las que mi forma de pensar no varía jamás.

Dignus caminó hacia mí y me tendió una de las copas.

—No tiene venenos ni narcóticos —indicó.

—Peores riesgos he corrido —dije fríamente.

Tomé un sorbo. Era un buen escocés. Dignus liquidó el suyo de un solo trago.

—De todas formas, capitán —dijo al cabo—, su moral no es tan rígida como presume.

—Ciertamente, no soy un fraile de la Trapa —respondí—. Durante mi vida de traficante del espacio he realizado más de un

enjuague y un cambalache, y también he contrabandeado un poco. Pero ¿qué capitán de astronave hay en condiciones de arrojar la primera piedra? En cambio, lo que usted me propone es más de lo que mi estómago puede soportar.

—No se muerde la lengua —dijo Dignus, despechado.

—No, en efecto. Con usted, ¿de qué servirían los eufemismos?

Movió la cabeza afirmativamente.

—Me gusta su sinceridad. Y su valentía y su ingenio. Cuando me fui, le di por muerto

—El que murió fue Crohan.

Dignus se encogió de hombros.

—Le está bien empleado, por estúpido. Capitán, voy a realizar el último esfuerzo para atraerle a mis filas…

—No insista —corté secamente—. Estoy pensando en Hal Jinks, un buen amigo mío, muerto a consecuencia del disparo de una pistola vibradora.

Las facciones del semienano se atirantaron.

—Intentó cerrarnos el paso…

—Cumpliendo mis órdenes. ¿Dónde está la chica?

Dignus me miró fijamente.

—¿Me permite que le haga la misma pregunta, capitán? —dijo.

Hubo una pausa de silencio.

—Usted me obligó a decirle su dirección —manifesté, pasados un par de segundos—; fue a su casa y la secuestró. ¿Quiere ahora tomarme el pelo preguntándome por su paradero?

—Le he hecho una pregunta —respondió Dignus, sin inmutarse —. Deme la respuesta.

—Se necesita cinismo…

De pronto, me interrumpí.

Uno al cabo de los años, acaba conociendo los seres humanos, siquiera sea en parte y llega a saber muchas veces cuándo dicen la verdad y cuándo mienten.

En aquellos momentos, Dignus era sincero.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿No la ha secuestrado usted?

Dignus meneó la cabeza lentamente, de izquierda a derecha.

—Confieso que fui a su casa con esa intención, pero, cuando entramos en el edificio, ella había volado ya —respondió.

—¿Registraron todo el edificio?

—Hasta los cimientos.

—¿Incluso el…?

—Incluso el laboratorio subterráneo.

—¿Y…? —pregunté ávidamente.

—Estaba vacío.

Le tendí mi copa. Dignus entendió el gesto y llenó también la suya.

—Es imposible —murmuré.

—¿Había estado antes en el subterráneo? —me preguntó, sin mirarme, mientras llenaba de nuevo las copas.

—Sí, una vez.

—¿Vio la nave?

—Por supuesto.

Dignus empezó a pasear por el despacho.

—Esa nave, con el motor mental, por supuesto, vale todo lo que el inventor pueda pedir. Millones, cientos de millones… pero, ¿por qué esa chica no quiere tratar conmigo?

—No me lo pregunte a mí, pregúnteselo a ella. Opino —añadí—, que, en medio de todo, no es cuestión de dinero.

Los ojos del semienano centellearon.

—¡Podría construirle una astronave de oro puro y con el cuadro de mandos constelado de piedras preciosas! ¿Por qué no quiere tratos conmigo? —vociferó descompuestamente.

Tomé un sorbo con toda tranquilidad.

—Dignus, hay cosas que usted no comprenderá jamás, fiando siempre en el poder de su dinero. Yo haría igual que Gussie Tecs; jamás tendría tratos con el hombre que asesinó a su padre.

Un profundo silencio gravitó sobre la estancia. Acabé el whisky y dejé la copa sobre la mesa.

—Creo que eso responde a todas sus interrogantes —añadí—. Ignoro de qué manera lo ha conseguido, pero es obvio que Gussie le ha dado el esquinazo.

—Pero, ¿cómo? ¿Cómo? —gritó exasperadamente—. ¿De qué manera se las ha compuesto para sacar la nave del laboratorio subterráneo?

—Imagino que eso debe de ser un secreto suyo —respondí—. De todas formas, usted se lo tiene bien merecido y no seré yo quien deplore ese fracaso suyo.

Giré sobre mis talones y eché a andar hacia la puerta.

—¡Capitán! —llamó Dignus de pronto, con voz crispada.

—Diga —contesté, sin volverme del todo.

—Por última vez, antes de salir de aquí, deme una respuesta. Es usted un mal enemigo, lo admito, y por eso prefiero tenerlo a mi lado. Ambos saldríamos ganando mucho, ¿comprende?

—¿He de repetir algo que ya sabe? —contesté cansadamente.

—Piénselo bien, ya no le haré más propuestas. A partir de estos momentos, le declararé una guerra sin cuartel.

Le dirigí una mirada antes de cruzar el umbral.

—Tomo nota de sus palabras, Dignus —respondí—. Pero no olvide que «sin cuartel» se refiere también a usted y que no es el hombre invulnerable que se cree. ¡Adiós!

Nadie me molestó al salir de casa ni durante el resto del día y de la noche, sufrí el menor daño.

Sin duda, Dignus estaba elaborando un plan de acción. Quizás estaba entretenido en la búsqueda de Gussie.

Desde luego, era como para volverse loco. Ella había desaparecido, junto con mis amigos. Y esto puede hacerse fácilmente, pero, ¿cómo demonios había sacado la nave del sótano?

Por más que me estrujaba los sesos, no lo podía comprender.

Al día siguiente, llamé a mi amigo el ingeniero Azara.

—No —contestó a mis preguntas—, no sé nada de la hija del profesor Tecs ni me ha formulado ninguna proposición para trabajar a su lado…

Un destello metálico hirió mis retinas durante una fracción de segundo. Pensé que sería el vidrio de alguna ventana abierta en la casa de enfrente y continué escuchando a Azara.

El diálogo terminó bien pronto, con gran decepción por mi parte. Corté la comunicación y me recliné en el sillón, con los ojos cerrados.

De pronto se me ocurrió una idea. No confiaba demasiado en sus resultados, pero tenía que probar todos los medios para localizar a Gussie.

Al atardecer, entraba en «El Descanso del Astronauta». Busqué una mesa y encargué un doble de escocés.

La cantante rubia y de busto exuberante actuaba en aquel instante. La verdad, no presté demasiado interés a sus berridos.

Busqué con la vista algún conocido. Mi mala suerte persistía.

Empecé a pensar que había perdido el tiempo. Mis amigos habían escapado con Gussie; por lo tanto, estaban a su lado.

Distraídamente, miré hacia el escenario. La cantante me guiñó un ojo.

Bueno, eso ya lo había hecho la vez anterior. Volví la cabeza, mientras, ella seguía desgañitándose sobre el tabladillo.

Al cabo de un rato, me dije que ya no hacía nada en la taberna. De pronto, se me acercó un camarero y me dijo:

—¿Capitán?

—Sí —contesté.

—Le llama la señorita Lena. Está esperándole en su camerino.

—¿Lena? ¿Quién es? —dije, extrañado—. No la conozco.

—Es la cantante que ha terminado de actuar hace unos instantes. Vaya por la última puerta del fondo, por favor.

Fruncí el ceño. ¿Era una nueva arma de Dignus?

El dinero no servía en mi caso. Iba a emplear ahora la seducción de una mujer joven y bella.

Decidí darle una lección y hacerle saber que, cuando tomaba una decisión, nada me hacía variar de forma de pensar. Así, pues, sin prisas, me levanté dejé una moneda sobre la mesa y caminé hacia la puerta indicada.

Momentos después, entraba en el camerino de Lena. Ella estaba cambiándose de ropa y me miró por encima del biombo.

—Hola, capitán —me dirigió una sonrisa encantadora—. Creí que no iba a venir nunca. Por lo visto, mis guiños tienen una pobreza de expresión aterradora.

Capítulo VIII

ME senté en una silla. Lena Brook, había visto el nombre completo escrito sobre la puerta del camerino, salió a poco, envuelto su espléndido cuerpo en una bata, cuyo cinturón ató negligentemente.

—Está en dificultades, capitán —dijo—. ¿No es así?

—¡Psé! —contesté evasivamente.

Lena tomó un cigarrillo de una caja que tenía sobre la mesa. Luego se inclinó hacia mí, con el pitillo entre los labios.

—Fuego, capitán —pidió con voz susurrante, mientras clavaba sus ojos en los míos.

El escote de la bata se entreabrió, pero yo no estaba en aquel momento para contemplar encantos femeninos. Ella me tiró el humo a la cara y luego se reclinó parcialmente sobre el tocador.

—Capitán, ¿le gustaría encontrar a su chica?

Miré a Lena con los párpados entrecerrados.

—Yo no tengo chica —dije.

Ella sonreía.

—¿Cree que puede engañarme? —dijo—. Estoy enterada de todo, mucho más de lo que usted cree. Tecs le pidió socorro, usted la ayudó y… ¿Sigo hablando?

—Sí —dije secamente—. Continúe. Pero solo quiero saber una cosa: ¿Dónde está ella?

—No lo sé. Sin embargo, yo puedo indicarle el modo de encontrarla.

—¿Y por qué no me lo dice ya?

—¡Espere un momento!

La voz de Lena adquirió de repente un súbito tono de alarma. Fue hacia la ventana y corrió las cortinas.

—Creo que había alguien vigilándonos al otro lado —dijo.

Me puse en pie y moví la mano izquierda.

—Apártese —ordené.

Ella se retiró a un lado. Con gran cuidado, separé las cortinas, utilizando para ello la contera del bastón. En el mismo instante, algo cayó al suelo con ruido sordo, justo delante de mis pies.

Era una bola negra, de unos cinco o seis centímetros de diámetro. En realidad, no era esférica, sino que su superficie estaba compuesta por una infinidad de facetas que emitían un brillo singular.

El brillo se acentuó repentinamente. Lena chilló:

—¡Es una bomba!

Explotaría un segundo o dos más tarde. Ya no teníamos tiempo de escapar. Pero en un segundo o dos, se pueden hacer muchas cosas.

Me agaché rápidamente, tomé la bola y la arrojé por el hueco a la calle.

—¡Al suelo, Lena! —grité.

No sé qué hizo ella; yo me encogí y aguardé el estampido de la explosión.

Solo se oyó un agudo chasquido, seguido de una serie de fuertes zumbidos, como si un centenar de avispas se hubieran soltado de repente. Algo repiqueteó contra los vidrios de la ventana de una manera extraña.

Afuera, un hombre chilló frenéticamente. Incorporándome, terminé de levantar el bastidor y saqué la cabeza fuera.

Había un tipo tendido en el suelo, a dos pasos de la ventana, moviéndose con gestos convulsivos. De pronto, se quedó quieto.

—¿Qué diablos…? —murmuré.

Los siglos siguen pasando, pero en las ciudades siempre quedan barrios bajos y callejones oscuros. La ventana del camerino de Lena Brook daba a uno de esos callejones.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella.

—No lo sé. Algo chasqueó… y el tipo que nos tiró la bola ha muerto. Espere un momento, Lena.

Pasé las piernas a través del antepecho y salté al suelo del callejón. Me agaché al lado del individuo caído y encendí una cerilla para examinarle.

Tenía la cara llena de agujas. Su piel oscurecía rápidamente.

Comprendí en un instante las causas de su muerte. Aquella bola no era una bomba de mano.

Era un artefacto diabólico. Al estallar, despedía cientos de agujas en todas direcciones. La punta de cada aguja estaba impregnada de veneno.

Lo comprobé poco después cuando arranqué una de aquellas agujas del marco de la ventana y examiné su punta, oscurecida por una sustancia untuosa, cuya sola contemplación me hizo estremecer.

Regresé al camerino. Lena me contempló con ojos temerosos.

—¿Qué era eso, capitán? —preguntó.

—Una bomba que, al estallar, despide cientos de minúsculas agujas envenenadas —expliqué—. El hombre que nos la tiró, ha muerto.

Me volví y cerré la ventana.

—Si le pregunta algo la policía, diga que no sabe nada, Lena —añadí.

Ella asintió.

—Desde luego, capitán —contestó.

—Bien, usted habló antes algo acerca de la manera de encontrar a Gussie Tecs. ¿Por qué no me lo explica de una vez?

—Acuda a la Embajada de Marved. Allí no le faltarán tipos que le ayudarán a conseguir sus propósitos, capitán.

—¡Rayos! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Es una magnífica idea, Lena! —exclamé, entusiasmado.

Pero mi ardor se apagó casi en el acto.

—Lena, los marvedanos residentes en la Tierra tienen prohibido, según el acuerdo diplomático establecido entre los dos planetas, ejercer sus poderes mentales.

—Lo sé, pero usted es un tipo listo. ¿Va a decirme que no encontrará a un marvedano para que le ayude?

Reflexioné unos instantes. De pronto, recordé a Rekhz.

—Es posible que pueda conseguir algo —dije—. Lena, gracias por la idea. Pero, ¿cómo le dio por ayudarme?

Ella sonrió.

—Un amigo mío me habló de usted y de sus apuros —contestó —. Es un buen chico y yo le aprecio muchísimo. Tal vez acabemos casándonos. Estoy harta de exhibirme en este tabladillo.

—¿Quién es, Lena?

—Hal Jinks.

Moví la cabeza. ¡Pobre Lena!

—Lo siento mucho —dije.

—¿Qué, capitán?

—Sea valiente, Lena. Hal ha muerto.

Ella acusó el golpe. Creí que se iba a desmayar y la sostuve por un brazo.

—Pobre Hal —murmuró, mientras las lágrimas fluían de sus ojos.

—Repito que lo siento mucho, Lena. Usted es joven, sin embargo, y sabrá rehacerse... —era una frase trillada, pero, ¿qué otra cosa podía decirle?

Lena se sentó en una silla.

—Déjeme sola, capitán —rogó.

Respeté sus deseos. Sin duda, se encontraría mejor. Sin decir nada, abandoné el camerino y volví a mi casa.

Por la mañana, apenas me levanté, llamé a la Embajada de Marved.

La respuesta que recibí me descorazonó de inmediato.

Rekhz estaba fuera, aunque mi informante añadió que no creía que su ausencia durase más allá de tres días.

Cerré el visófono y me senté a reflexionar, completamente desconcertado. Gussie había desaparecido como si se la hubiese tragado la tierra.

De pronto, un vivo reflejo metálico me dio en los ojos. Fue un rápido destello que se repitió a los pocos segundos.

Miré instintivamente hacia la ventana. ¿Había alguien en la casa de enfrente, vigilándome con unos prismáticos?

La víspera también había observado un destello parecido, solo que entonces no le había prestado la menor atención. La repetición de los destellos empezó a preocuparme.

Fingiendo normalidad, me puse en pie y di un par de cortos paseos por la estancia. Luego me acerqué a la ventana y me quedé

allí parado, como si estuviese mirando lo que sucedía en la calle.

Al cabo de unos minutos, encontré el observatorio de Dignus… porque no me cabía la menor duda de que quienes me vigilaban obedecían órdenes del semienano.

Dignus tenía la seguridad de que yo le llevaría al escondite de Gussie y no quería perderme de vista.

Pero me llevé un chasco. No se trataba de un tipo armado con unos prismáticos, sino algo mucho más sutil e ingenioso.

Era una cámara volante de televisión, sustentada por antigravedad y de un tamaño apenas superior a medio paquete de cigarrillos. Estaba a unos ciento cincuenta metros de distancia y sus potentes objetivos captaban, con toda fidelidad, las imágenes de mi cuarto.

Incluso, estoy seguro, captaba también los sonidos. Por eso no me extrañó en absoluto que Dignus supiera ya que me había puesto en contacto con la Embajada Marvedana.

—Ahora te daré yo cámaras volantes de televisión —dije furiosamente.

Pasé al interior de la casa, entrando en un cuarto donde el objetivo de la cámara no podía seguirme. Guardaba allí un rifle de caza, recuerdo de uno de mis viajes por el espacio, y lo cargué.

El rifle podía ser equipado con silenciador. Se lo puse y esperé.

Unos minutos después, me arriesgué a abrir un poco la puerta. La cámara estaba al otro lado de los cristales, atisbando con sus ojos sin vida el interior de la estancia.

Apunté con todo cuidado. Rompí un cristal, pero la cámara se fue al diablo.

Durante unos momentos, me sentí satisfecho de la hazaña. Pero luego me quedé muy deprimido.

¿Qué había ganado con ello?

Dignus sabía que yo había intentado ponerme en contacto con Rekhz. ¿No se me adelantaría él y lo secuestraría, para obtener así los informes que deseaba?

De súbito, se me ocurrió una idea. ¿Por qué no darle a Dignus una dosis de su misma medicina?

Era preciso meditar bien la operación, para que no se produjeran fallos. Si no quitaba a Dignus de en medio, me vería en graves aprietos.

¿Quién podría ayudarme en el plan que acababa de idear?

De pronto, recordé a Lena. Sí, la chica, por vengar la muerte de Hal Jinks, haría todo lo que yo le indicase.

Sin pensármelo ya dos veces, me dirigí hacia el visófono. De pronto, me acordé de que no conocía el número de Lena.

Busqué en el consultor automático y no tardé en encontrarlo. Entonces, antes de que hubiera podido ponerme en contacto con la chica, sonó la campanilla de la puerta.

Agarré el rifle y puse una bala en la recámara. Después de lo que me había pasado con Dignus, no podía relajar la guardia ni un solo segundo.

Abrí la puerta. Un hombre, aún pálido, apareció ante mis ojos.

—¡Capitán! ¿Acaso se va a la guerra? —exclamó el sujeto.

—¡Emilio! ¿De dónde sales? —dije, vivamente sorprendido, pero no menos alegre al reconocerle.

—Acaban de darme de alta, capitán. Ya estoy curado.

—No sabes cuánto me alegro, Emilio. Entra, por favor.

—Gracias, capitán. ¿Cómo va su pierna?

—¡Psé! Regular, todavía me molesta un poco. ¿Y tú, ya te encuentras bien del todo?

—Aún me faltan unos kilos para tener el peso normal, pero no tardaré en recobrarlos. Capitán, ¿no tiene un empleo para mí? —solicitó anhelosamente.

Le dirigí una mirada penetrante.

—Emilio, tengo un empleo, pero habrá que jugarse el tipo —contesté.

Capítulo X

EMILIO O'HARA era el encargado de las comunicaciones en mi astronave «Miss X». Él y yo fuimos los únicos supervivientes de la catástrofe, pero no habíamos salido indemnes.

Su llegada venía a aliviar un poco mi situación. Emilio era frío y sereno, pero no se quedaba atrás cuando llegaba el momento de atacar.

Escuchó en silencio mientras yo hablaba. Luego, cuando le pregunté si quería ayudarme, me miró con cara de reproche.

—Usted me ofende, capitán —contestó.

—Está bien, Emilio. A partir de ahora, tu sueldo corre normalmente.

—Gracias, señor. Oiga, ¿sabe que será una cosa magnífica disponer de una nave con motor mental?

—Suponiendo que se encuentre la mente adecuada… pero, por el momento, lo que interesa es hallar a Gussie. Y no lo conseguiremos si no inmovilizamos a Dignus.

—¿Cuál es su plan, capitán?

—Secuestrarlo y guardarlo en algún sitio, donde no pueda molestarnos mientras buscamos a Gussie.

Emilio reflexionó unos momentos.

—El lugar donde guardaremos a Dignus lo tengo yo —dijo al cabo—. Usted ocúpese de ponerle la mano y yo me ocuparé del resto. ¿Cómo piensa hacerlo?

—Creo que me ayudará cierta joven resentida contra Dignus. Precisamente iba a hablar con ella cuando llegaste tú.

—Muy bien, empiece cuando quiera, capitán —dijo Emilio, señalando el visófono con la mano.

Busqué el número de Lena y lo marqué. La pantalla permaneció apagada y el altavoz silencioso.

—¡Hum! —dijo Emilio—. Esto no me gusta, capitán. ¿Por qué no vamos a su casa? Puede que le haya ocurrido algo…

Empecé a sentir una vaga alarma. Dignus podía haber tomado represalias con Lena… o quizá Lena, sintiéndose desdichada, había querido seguir a Jinks en su viaje definitivo.

—¡Vamos, pronto! —exclamé, lanzándome hacia la puerta.

—Espere, capitán. Con el rifle no puede ir —observó Emilio—. ¿No tiene un arma más pequeña?

—Una pistola térmica…

—Démela, por favor.

Momentos después, salíamos del apartamiento. Subimos a la azotea y nos metimos en el aeromóvil, que nos llevó en contados minutos a la azotea del edificio donde vivía Lena.

Veinte minutos más tarde, llamábamos a la puerta de su piso. Solo recibimos el silencio como respuesta.

Emilio y yo nos miramos mutuamente.

—Ese condenado Dignus… —barbotó Emilio.

—Lo mejor será que echemos la puerta abajo —dije—. Estoy seguro de que la ha asesinado.

—De acuerdo.

Emilio y yo nos dispusimos a cargar. Entonces sonó una voz:

—Esa no es manera de entrar en las casas.

Me volví en redondo. Lena acababa de salir del ascensor y nos miraba con expresión de reproche.

Vestía de negro y llevaba la cabeza cubierta por un velo negro.

—¿De dónde sale? —pregunté.

—Vengo de los funerales por el pobre Hal —contestó. Sacó la llave de la casa y abrió la puerta—. Entren, por favor.

—Gracias, Lena —acepté—. Este es Emilio, un buen camarada —presenté a mi compañero.

Ella le dirigió una leve inclinación de cabeza. Luego, una vez en el interior del piso, nos pidió permiso para cambiarse de ropa.

—Hay bebidas en el aparador —indicó.

Lena regresó minutos después. Había usado un vestido clásico,

pero ahora cubría su cuerpo con un traje de una sola pieza, de color gris azul.

—¿Puedo servirles en algo? —preguntó, aceptando la copa que yo le tendía.

—Sí —contesté—. Vamos a raptar a Magnus Dignus y necesitamos su ayuda.

Ella me miró fijamente.

—¿Qué he de hacer? —preguntó.

—¿Tiene interés en derrotar a Dignus?

—¡Le mataría con mis propias manos!

Yo moví la cabeza negativamente.

—Se convertiría en una asesina —dije—. Además, para tipos como Dignus, hay cosas mil veces peores que la misma muerte.

—La derrota.

—Justamente. Y ahora, Lena, ¿quiere escucharme?

Ella me escuchó con toda atención. Cuando yo terminé de exponerle el plan, Lena dijo:

—Antes de que llegue la noche, estaré dispuesta, capitán.

* * *

Convenientemente ocultos, Emilio y yo espiamos los movimientos del rufián que vigilaba la casa de Gussie.

Era Cerain, el francés. Cuando vio que las luces se encendían y que la dueña de la casa se movía por las habitaciones con toda libertad, sacó un minúsculo transmisor de radio y lo puso en funcionamiento.

—Jefe, Gussie Tecs ha vuelto a casa.

Sonó una exclamación de sorpresa.

—¿Estás seguro, Jean?

—Segurísimo, jefe. Ahora mismo la estoy viendo… Está en la biblioteca, consultando un libro… Parece un cuaderno de apuntes…

—Bien, quédate ahí y no te muevas. Procura no perderla de vista.

—¿Y si sale de su casa?

—Detenla como sea hasta que llegue yo. ¡Te costará el pellejo si fallas!

—Quédese tranquilo, jefe; la chica no se me escapará.

Emilio y yo cambiamos una sonrisa de complicidad. Dignus

había caído en la trampa.

Pasaron los minutos. Al cabo de media hora, un aeromóvil descendió de las alturas y se posó en el borde de la acera.

Dignus desembarcó del aparato, seguido de Jarkey y de Stalliri. Movió una mano y dijo:

—Esperadme aquí —ordenó arrogantemente.

—Jefe, ¿y si se resiste? —dijo Stalliri con acento aprensivo.

—Llevo encima algo que la reducirá fácilmente a la obediencia. No hay que preocuparse ya por ella, muchachos —contestó Dignus en tono lleno de suficiencia.

Avanzó hacia la casa. Sus tres acólitos quedaron a la entrada del jardín.

Dignus llamó a la puerta. Lena abrió y se echó a un lado para que el semienano cruzara el umbral.

La puerta se cerró. Entonces Emilio y yo, provistos de sendas pistolas que disparaban dardos narcóticos, inutilizamos en un santiamén a los tres rufianes.

Luego corrimos hacia la casa. Lentamente, empujé la puerta y asomé la cabeza.

Dignus hablaba con Lena. Trataba de persuadirla a aceptar su trato.

—Fije la cifra usted misma —decía—. No le regatearé en absoluto…

—Temo que esa chica no podrá darle una respuesta afirmativa —intervine en aquel momento.

Dignus se revolvió rápidamente. Con gesto veloz, sacó una pistola análoga a las nuestras, pero yo le gané por la mano y se la hice saltar de un fuerte bastonazo en la muñeca.

—¡Usted, maldito! —barbotó, ebrio de cólera.

—Sí, yo —contesté sonriendo—. He sido más listo que usted, Dignus. Ha caído en la trampa como el más tonto de los conejitos.

—¿Eh? —dijo él, extrañado.

—Dignus, yo me imaginé que usted tendría constantemente vigilada la casa de Gussie Tecs. Por tanto, cuando ella volviese, uno de sus secuaces le avisaría inmediatamente. Lo malo para usted es que no es Gussie la que tiene delante.

—Pero…

Hice una seña con la mano. Entonces Lena se desprendió la

máscara que imitaba perfectamente el rostro de Gussie y se quitó la peluca de color oscuro que ocultaba sus frondosos cabellos rubios.

Dignus abrió la boca de par en par. No tenía fuerzas para emitir una sola palabra.

—Un proveedor de artículos teatrales nos fabricó una máscara con la exacta reproducción de la cara de Gussie Tecs —expliqué—. La señorita Brook se encargó de conseguir la máscara… pero me imagino que eso debe de interesarle muy poco a usted.

Los ojillos de Dignus se achicaron.

—Afuera tengo a tres de mis hombres…

—Están dormidos —le interrumpí.

Dignus comprendió que había sido cazado.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó.

—Quitarle de en medio, hasta que hayamos encontrado a Gussie Tecs.

—¿Piensa asesinarme, capitán?

—¿Somos iguales los dos? —contesté.

Luego, antes de que pudiera darse cuenta de mis intenciones, le disparé un dardo narcótico.

—Listo —dijo Emilio, con una amplia sonrisa de satisfacción.

Lena sonrió también.

—Resultó un buen truco, capitán. Pero ¿por qué tuvieron que pedir mi colaboración? Cualquier persona, con la cara de Gussie…

—Pero no con su tipo —contesté, haciéndola enrojecer de pies a cabeza—. Ella es también una chica estupendamente conformada y era preciso llevar el engaño hasta los últimos límites. Bueno, ¿vamos ya, Emilio?

—Sí, capitán.

Cargar a Dignus en el aeromóvil resultó una labor menos fácil de lo que imaginábamos. El semienano pesaba una barbaridad y tanto Emilio como yo no nos encontrábamos aún en la plenitud de nuestra forma física.

Pero al fin conseguimos meterlo en el vehículo. Lena se nos unió entusiasmada; la emoción de la aventura empezaba a contagiársele.

Hora y media después, nos posábamos en la cumbre de un picacho inaccesible, donde un amigo de Emilio se había construido, caprichosamente, una cabaña para pasar vacaciones y fines de semana.

La cabaña no tenía nada de particular, salvo que estaba rodeada por una serie de precipicios casi verticales, la profundidad del menor de los cuales era de trescientos metros. En resumen, el capricho del amigo de Emilio le había llevado a construirse una cabaña a la que solo se podía llegar por vía aérea.

A menos que se emplease una cordada de alpinistas, pero este era un deporte que ni Dignus ni sus compinches practicaban en absoluto.

Dignus estaba ya despierto cuando le hicimos desembarcar del aeromóvil. A prevención, Emilio había desmontado el transmisor de radio que su amigo tenía en la cabaña para un caso de urgencia.

—Aquí estará bien —le dije—. Hay agua y alimentos de sobra y también unos cuantos libros. Lea un poco y cultive su mente; le está haciendo muchísima falta.

Dignus hervía de rabia. Pero sabía que no podía contrarrestar nuestra acción.

—¡Volveremos a vernos! —prometió, con voz en la que latía una terrible amenaza.

—Será mejor para usted que no lo intente —dije—. La próxima vez puede que no me sienta tan compasivo hacia usted. ¡Vámonos!

Instantes después, alzábamos el vuelo.

Dignus blandió el puño. Su imagen se empequeñeció rápidamente, hasta desaparecer por completo de nuestra vista.

Capítulo X

LA cabeza piriforme de Rekhz se asomó con prevención cuando le abrí la puerta de mi casa.

—Quería verme, capitán —dijo.

—Pase, pase —invité cordialmente—. Le presentaré a dos buenos amigos míos. La señorita Lena Brook y Emilio O'Hara. Este es Rekhz, de Marved.

Lena y Emilio le hicieron sendas inclinaciones de cabeza. Rekhz contestó con un frío «¿Qué tal?», y luego me miró inquisitivamente.

—¿Para qué me hizo venir, capitán? —preguntó.

—Necesito de usted, Rekhz. Mire lo que hay encima de la mesa.

Rekhz frunció el ceño.

Sobre la mesa había lo que parecía un proyector cinematográfico, pero algo más grande y sin los carretes para la película. Un casco con auriculares y gafas estaba situado junto al proyector, al cual estaba unido por cuatro cables, cada uno de los cuales iba a parar a un auricular y a uno de los lentes.

—¿Qué es eso, capitán?

—¿No lo adivina, Rekhz?

El semblante del marvedano se contrajo.

—¡Sí, pero no lo haré! —contestó excitadamente.

Encendí un cigarrillo con toda tranquilidad, sin inmutarme por la violenta respuesta de Rekhz.

—Ustedes, los marvedanos, tienen una curiosa propiedad —dije en tono apacible—. Poseen una mente privilegiada, la cual, puesta en contacto con una determinada clase de proyector, puede hacer

aparecer las imágenes de un objeto, de una cosa… o de una persona, dondequiera que esta se halle. Curiosidades de una de las razas de la Galaxia, ¿no es cierto?

—Sé adónde quiere ir a parar, capitán —contestó Rekhz—. ¿Acaso sabe que los marvedanos tenemos terminantemente prohibido utilizar esas facultades mentales fuera de nuestro planeta? ¡Me costaría un tratamiento de reeducación y mi cerebro quedaría al nivel suyo!

—Lo sé perfectamente, Rekhz, pero también conozco ciertas peculiaridades legales del código marvedano. No sé por qué, ustedes son buenas personas, pero violentamente racistas. Tienen terminantemente prohibidos los enlaces con las razas de otros planetas, en especial con los habitantes de la Tierra. ¿No es cierto?

—Sí. En Marved no queremos que se produzca una mezcla de razas…

—Porque no quieren que esas singulares facultades mentales puedan ser traspasadas a otras razas que consideran inferiores —dije—. En realidad, a mí me importa un bledo; me conformo con el cerebro que tengo… pero ahora estoy en un apuro y le necesito.

—¡No, capitán! —protestó Rekhz con acento tajante.

—Hace tres años —continué—, cierto marvedano se encontró en un grave conflicto. Se encaprichó de una linda terrestre, a la cual le gustó el marvedano tanto, que le dio la llave de su dormitorio. Alguien, al parecer, fue con el soplo a las autoridades consulares de Marved en Marte, las cuales pidieron un permiso de registro.

»Cuando los agentes llegaron a la habitación de la chica, no encontraron con ella al marvedano, sino a cierto terrestre, capitán de la astronave «Miss X». El marvedano pudo librarse así de un severo castigo y luego prometió al terrestre que un día estaría en condiciones de devolverle el favor.

Miré a Rekhz fijamente.

—Ese día ha llegado ya —concluí.

Rekhz torció el gesto.

—¡Maldición! Capitán, ¿por qué me ha recordado usted ese desgraciado suceso, que es una mancha en mi vida?

—Hace tres años, usted no lo consideraba así. Estaba loco por la terrestre y ella loca por usted.

—Ella solo estaba loca por mi dinero… Bien —gruñó—, soy

hombre de palabra. Le prometí devolverle el favor, y no voy a volverme atrás, pero no piense repetir conmigo la misma operación.

Le señalé una silla.

—Rekhz, solo quiero que encuentre a Gussie Tecs —manifesté—. Una vez lo haya conseguido, puede tener la seguridad de que no volveré a molestarle más.

—¡Gussie Tecs! —resopló el marvedano—. Ella me llamó…

—Lo sé, pero ha desaparecido y no sabemos dónde está. Usted puede ayudarnos a encontrarla.

—Está bien —de pronto, Rekhz me miró y sonrió—. Esa ley racista nuestra es una estupidez. Aquella chica me gustaba una barbaridad.

—Algún día habrá más marvedanos que piensen igual y su ley de pureza de la raza será derogada —dije, muy serio—. Siéntese, por favor.

Rekhz accedió. Le puse el casco y moví la mano.

Emilio corrió las cortinas. Di media vuelta a un interruptor y esperé.

El aparato convertía en realidad visual las imágenes producidas en la mente de Rekhz. Lo primero que vimos fue la casa de Gussie.

—Hay un sótano muy grande —indiqué, a fin de ayudarle.

El sótano apareció ante nuestros ojos, reflejado en una pared próxima, que servía de pantalla. Vimos a Gussie, seguida de Topp, García y Peters, corriendo hacia la nave.

Los cuatro se metieron dentro. Se cerró la escotilla y, casi en el acto, se abrió un lienzo de pared frente a la proa del aparato.

—¡Rayos! —exclamé—. ¿Cómo no se me había ocurrido?

La nave se levantó, separándose un palmo del suelo. Luego, lentamente, avanzó hasta cruzar la abertura, desapareciendo al otro lado.

—¡Sígala, Rekhz!

«Pasamos» la entrada del túnel, que se había cerrado sin dejar el menor rastro. La nave seguía moviéndose con la misma velocidad, como si su piloto observase grandes precauciones.

Ello parecía lógico, debido a que el diámetro del túnel rebasaba solo ligeramente las dimensiones de la nave. Al cabo de unos minutos de viaje, vimos que entraba en una caverna de gran tamaño, brillantemente iluminada.

La escotilla se abrió y vimos a Gussie saltar al suelo, seguida de sus tres acompañantes. De pronto, las imágenes oscilaron, se tornaron borrosas y acabaron por desaparecer.

—¡Prosiga, Rekhz! —grité.

El marvedano se desprendió el casco.

—Es inútil —contestó—. Mi viaje mental ha terminado.

—¿Eso es todo? —dije estúpidamente.

—¿Le parece poco? —refunfuñó Rekhz.

—Pero… usted puede penetrar más allá…

El marvedano hizo un signo con la cabeza.

—He recibido la sensación de encontrarme con algo parecido a una barrera mental —declaró—. También nosotros tenemos limitaciones, capitán.

Emilio me agarró por un brazo.

—Al menos, sabemos por donde se fueron —dijo excitadamente.

—Pero no conocemos la entrada… bueno, quiero decir, la forma de abrir la compuerta que da a ese túnel.

—Vamos, capitán —dijo Emilio en tono de reproche—. ¿Ahora se va a amilanar por tan poca cosa? Obstáculos más fuertes hemos salvado, recuérdelo.

Rekhz se puso en pie.

—Yo tengo que irme —declaró—. Les voy a pedir un favor: no he estado nunca en esta casa. ¿Me comprenden?

Sonreí amistosamente.

—Nunca olvidaré este favor, Rekhz —dije, estrechándole la mano.

Al quedarnos solos, discutimos la forma de abordar la entrada al túnel por donde habían escapado Gussie y sus acompañantes.

—Hay sopletes térmicos, mezclados con vibradores de ultrasonidos, capaces de perforar blindajes de acero de un metro de espesor, como si fuesen de mantequilla —indicó Emilio.

—Sí, lo sé —respondí—. Sin embargo, es posible que a Gussie no le agradara que le estropeásemos la compuerta.

—Capitán, de una forma u otra hemos de pasar al otro lado. Es decir, si usted quiere seguir ayudando a la chica.

—Bien —dije—, primero llamaremos a la puerta. Solo la forzaremos si no nos contestan. Lo que más me preocupa es —añadí— esa especie de barrera mental que Rekhz dijo haber encontrado

tan repentinamente y que le impidió seguir proyectando las imágenes.

—Estoy seguro de que es un ardid de la señorita Tecs —exclamó Emilio animadamente—. ¿Vamos, capitán?

—Esta vez no les podré acompañar —terció Lena.

—¿Debe volver a la taberna? —pregunté.

Ella me miró y sonrió afirmativamente. Yo tomé una de sus manos entre las mías.

—Nunca le agradeceré bastante lo que ha hecho por mí —dije.

Lena se emocionó.

—Me acordaba del pobre Hal, capitán —contestó.

Luego se puso de puntillas y me besó suavemente en los labios.

—Derrote a Dignus —me deseó—. Que su derrota sea total, aplastante, para que no vuelva a levantar cabeza en los días de su vida.

—Lo intentaré —contesté emocionadamente.

Lena se marchó. Emilio y yo quedamos solos.

—Capitán, si usted me facilita fondos, yo podría salir a comprar el soplete —dijo.

—Aguarda un momento.

Me senté tras la mesa de despacho, abrí el cajón y saqué un talonario de cheques. Firmé uno por veinticinco mil solares y se lo entregué.

—También tú necesitarás algo para tus gastos —indiqué.

—Tengo los bolsillos vacíos —sonrió Emilio.

Y se fue con paso rápido y animoso.

El tiempo empecé a pensar. A mí solo me quedaba esperar. No podíamos hacer nada hasta que Emilio me anunciase que tenía disponible el soplete.

Me pregunté cómo habría construido el túnel el padre de Gussie. En aquellos momentos, me sentía enojado con ella. ¿Por qué no se había mostrado más comunicativa conmigo?

Procuré ser objetivo. Gussie y yo nos habíamos visto muy poco. Era lógico que se sintiese reservada, sobre todo, tratándose de un invento de tanta trascendencia.

Había algunos puntos del invento que no acababa de comprender. ¿Quién accionaría el motor mental? Porque, esto era indudable, alguien debería «prestar» su cerebro para mover la nave.

¿O sería preciso un conjunto de cerebros, cuyo potencial, sumado, haría volar la nave a velocidades apenas inferiores a la del pensamiento?

Cuando quise darme cuenta, sumido en mis reflexiones, oscurecía ya.

Emilio no había vuelto todavía. Me puse en pie, con ánimo de prepararme una taza de café, pero en aquel instante sonó la campanilla del teléfono.

«Si fuera Gussie», pensé.

Me acerqué al aparato y di el contacto.

Era Lena. Su cara expresaba temor y angustia.

—Capitán —dijo—. Venga pronto, por favor.

—¿Qué le ocurre, Lena? —pregunté, alarmado.

—Están vigilándome… Creo que son los esbirros de Dignus… ¡Pronto —gritó súbitamente—; están acercándose a la puerta! ¡Ya oigo sus pasos! ¡Van a entrar…!

La voz de Lena fue bruscamente interrumpida por un grito agudísimo de terror.

Dos hombres entraron en mi campo de visión. Eran Jarkey y Cerain, el estrangulador.

Jarkey se acercó paso a paso a la mujer. Cerain lanzó una mirada al fonovisor y se acercó al aparato.

Cínicamente, mientras Jarkey ponía sus manazas sobre el cuerpo de Lena, Cerain cortó la comunicación, impidiéndome continuar viendo lo que sucedía en aquella habitación.

Capítulo XI

EMILIO había llegado justo cuando yo me disponía a salir para la casa de Lena. Venía cargado con un pesado paquete y le ordené que lo dejase en el acto.

Nos precipitamos sobre el aeromóvil. Yo sabía que llegaríamos tarde y así sucedió.

Lena yacía en el suelo, con una horrible expresión en su hasta poco antes hermoso rostro. El alambre del francés había actuado poco menos que instantáneamente y apenas se veía, hundido profundamente, en la carne de su garganta.

Emilio entró en el dormitorio y salió con una sábana en las manos, con la cual cubrió el cadáver de Lena.

—Dignus pagará esta muerte —dijo sombríamente.

Asentí en silencio. Había algo que no acababa de entender bien.

No se comprendía la muerte de Lena sin alguna utilidad para sus asesinos. En el trayecto hasta la casa de la cantante, había transcurrido media hora.

Resultaba tiempo suficiente para conseguir muchas cosas… por ejemplo, obligar a Lena a que declarase el escondite de Dignus. Ella nos había acompañado después del secuestro y conocía el lugar donde estaba situada la cabaña.

—Han ido a rescatar a Dignus —manifesté al cabo de unos instantes—. Obligaron a Lena a que se lo dijera y luego la estrangularon.

—Así tuvo que ocurrir, capitán —convino Emilio—. ¿Qué hacemos ahora?

Era ya de noche cerrada. Yo me sentía un tanto desorientado.

—¿Por qué la atacaron a ella y no a uno de nosotros? —murmuré.

—Sencillo, capitán. Lena era un eslabón débil. Jarkey y Cerain no se habrían atrevido a hacer una cosa así con nosotros.

La explicación de Emilio era congruente. Los dos esbirros sabían perfectamente lo que se hacían.

Consulté mi reloj.

—Todavía no han llegado a la cabaña —dije—. Les faltan aún tres cuartos de hora de viaje.

—Pero nosotros no podríamos alcanzarles ya —objetó Emilio. De pronto, chasqueó los dedos—. Capitán, le sugiero una cosa.

—Dime, Emilio.

—Jarkey y Cerain van a rescatar a su jefe.

—Es de suponer —contesté.

—Bien, una vez que lo hayan rescatado, ¿qué cree usted que hará el semienano?

—Volverá a su casa…

Emilio sonrió placenteramente.

—Y nos encontrarán a nosotros, aguardándoles para darles la bienvenida.

Di una fuerte palmada en el hombro de Emilio.

—Has tenido la gran idea —dije—. Allí estaremos…

Me interrumpí para contemplar el cuerpo cubierto por la sábana.

—Lena, ahora te has reunido con Hal —dije—. Los dos erais jóvenes y podíais haber vivido muchos años. Vuestras muertes no quedarán impunes.

—Amén —murmuró Emilio.

Luego, sin prisas, nos dirigimos a casa de Dignus.

Stalliri, el de la daga, vigilaba la mansión. Nos acercamos a él sin ser vistos y le redujimos a la impotencia con ridícula facilidad.

Emilio era partidario de ahorcarle sobre el terreno. Me costó un poco calmar sus ansias justicieras, lo que conseguí al cabo, con no poco alivio en el ánimo de Stalliri, que ya se veía pendiente de una cuerda por el cuello.

Metimos al siciliano en un cuarto, atado y amordazado como un salchichón, y nos sentamos a esperar.

Pasada la medianoche, divisamos las luces de situación de un

aeromóvil que se acercaba rápidamente a la casa. Segundos más tarde, el aparato tomaba tierra en el jardín.

Dignus fue el primero en saltar fuera. Jarkey y Cerain le siguieron a continuación.

—Bien, muchachos —dijo—, habéis hecho una buena labor. Ahora es preciso encontrar al capitán y a su amigo.

—Estarán en el sótano de la casa de Gussie Tecs —manifestó Jarkey—. La cantante nos dijo que un marvedano les había informado…

—Lo sé, lo sé —gruñó Dignus—. Ahora voy a darme un baño y a cambiarme de ropa. Inmediatamente, empezaremos a reunir los materiales precisos para penetrar en ese sótano.

Hablaba sin dejar de andar, flanqueado por sus dos esbirros. Llegó a la puerta de la casa y cruzó el umbral, tras haber accionado el interruptor de la luz.

—¡Rico! —llamó a gritos—. ¿Dónde te has metido, Rico?

Jarkey y Cerain entraron tras él.

—Es raro —comentó el primero—. Rico se quedó de guardia en la casa…

—Pero se dejó sorprender —manifesté, apareciendo súbitamente por una puerta próxima.

Dignus lanzó una espantosa maldición. Jarkey, más práctico, echó mano a su pistola.

Detrás de él, Emilio accionó el gatillo de la suya. Era vibradora y, en una fracción de segundo, causó la descohesión de todas las moléculas del cuerpo del ex boxeador.

Jarkey cayó al suelo, convertido en un informe montón de pulpa orgánica, envuelta en la epidermis. Cerain le siguió una fracción de segundo más tarde, sin haber tenido tiempo de empuñar su arma.

Dignus levantó las manos antes de que yo le diera orden alguna al respecto.

Su rostro aparecía contorsionado por la rabia.

—¡Usted otra vez, maldito! —barbotó.

Avancé hacia él.

—Sí —contesté—. Y ahora no tendrá quien le libere de su encierro. Lo llevaremos allí de nuevo y seguirá encerrado en la cabaña hasta que a nosotros nos convenga.

—¡Escuche, capitán…! —aulló.

Me acordé de Hal Jinks y de Lena. Mi puño partió disparado como una catapulta y se estrelló contra su mandíbula.

—Le envidio, capitán —dijo Emilio—. Ha hecho usted algo que yo estaba deseando hacer.

—Si quieres le despierto para que puedas repetir la operación —invité magnánimamente.

Emilio sacudió la cabeza.

—Opino que devolverlo a su encierro es lo más urgente —contestó con gran sensatez.

Y así lo hicimos sin pérdida de tiempo. Cuando remontamos el vuelo, Dignus quedó en la explanada de la cumbre, blandiendo un puño en actitud amenazadora.

Emilio hizo un gesto con la cabeza.

—No me gusta —manifestó—. Si mi opinión sirviera para algo, tendríamos que haberle arrojado por uno de esos despeñaderos. Volverá a darnos más disgustos, capitán.

—Quizá desista —contesté yo, abrigando ciertas esperanzas.

—Los tipos como Dignus no abandonan jamás una partida hasta que están listos para el sepulturero —aseguró Emilio con acento sombrío.

* * *

Había amanecido ya cuando me situé sobre el lugar donde calculaba se hallaba el montacargas y moví el pie de la misma forma que lo había hecho Gussie.

Emilio, cargado con el soplete, estaba a mi lado. La plataforma se hundió, depositándonos en el sótano unos segundos más tarde.

Recordaba a la perfección las imágenes que nos había proyectado la poderosa mente del marvedano. Sin vacilar, caminamos hacia la pared frente a la cual había estado situada la proa de la nave y nos detuvimos a dos pasos de ella.

—Parece cemento —murmuró Emilio.

—Es solo pintura —contesté—. Bien, vamos a llamar primeramente. Si no contesta nadie, haremos un agujero con el soplete.

—De acuerdo, capitán. ¿Qué digo?

Reflexioné un instante.

—Dame el martillo —dije el cabo.

Di un fuerte golpe sobre la pared. El sonido pareció el de un gran gongo gigantesco.

—Metal —dictaminé con suficiencia—. Vamos a intentar ahora una llamada por el sistema morse.

Es un código que no ha sido abandonado todavía, pese al transcurso de los siglos. Emití una serie de puntos y rayas, llamando a Gussie y dándole mi nombre, después de lo cual me retiré un paso y esperé ansiosamente.

Pasaron cinco minutos. Emilio y yo nos miramos defraudados.

—Habrá que usar el soplete —dijo él.

—Espera un momento —contesté—. Repetiré la llamada. Si dentro de otros cinco minutos no han abierto, entonces lo haremos nosotros por nuestra cuenta.

Fueron unos momentos de gran tensión. El muro permanecía inmóvil.

—Bueno —dijo Emilio, una vez transcurrido el plazo—, creo que no nos han oído.

Y empezó a disponerlo todo para hacer funcionar el soplete.

De pronto se oyó un ligero chasquido.

—¡Quieto, Emilio!

El muro se movía lentamente. Emilio y yo contemplamos con ojos intrigados el negro hueco que se abría ante nosotros.

Un hombre apareció en el umbral, empuñando un pesado rifle térmico.

—¡Arriba las manos! —gritó, antes de reconocernos.

—Si ello le sirve de gusto… —dije, sonriendo.

—¡Capitán! —exclamó García alborozadamente—. ¡Es usted!

—No soy mi fantasma —contesté sonriendo—. Baje este chisme, Raf; me da mucho miedo.

Terry Peters apareció cuando el muro terminó de descorrerse, armado de la misma manera.

—Pensamos que podía tratarse de un ardid de Dignus —dijo.

—Entonces ¿oyeron los golpes?

—Perfectamente —contestó García—. Lo que pasa es que hay más de un kilómetro de túnel y cuesta un poco recorrer ese trecho.

—¡Un kilómetro! —resoplé—. A nosotros no nos pareció un túnel tan largo.

Emilio halló bien pronto la explicación.

—Rekhz nos ahorró detalles innecesarios —dijo—. ¿Para qué seguir proyectando imágenes de un tubo oscuro? Simplemente, y de manera casi instantánea, nos trasladó desde la entrada hasta el punto en donde se detuvo la nave.

—Una aclaración correcta —admití—. Bien, ¿podemos pasar?

—Por supuesto, capitán —respondió Peters—. La señorita Gussie empezaba a impacientarse ya; no hacía más que preguntarse cuándo se le ocurriría venir por aquí.

—No será porque ella nos haya dado demasiadas facilidades —mascullé.

Atravesamos el portón. La pesada compuerta se cerró de inmediato tras nuestras espaldas.

García dijo:

—Hace muchos años este túnel fue construido como refugio y almacén de provisiones para caso de un bombardeo atómico. El tiempo lo ha hecho innecesario, pero, según nos explicó la señorita Gussie, su padre lo compró, con todos los mecanismos auxiliares.

—Entiendo —dije.

Avanzamos sin prisas. El túnel estaba iluminado, aunque no en demasía, pero la visibilidad era buena.

Diez minutos después, desembocamos en una gran caverna, en cuyo centro se hallaba posada la nave. La entrada a la caverna estaba protegida por una gran red metálica, de hilos finísimos, cuya forma era análoga a la de la sección del túnel.

Gussie salió a recibirnos. Los ojos de la muchacha brillaban emocionados.

—Bien venidos, capitán —saludó, tendiéndome la mano.

—No sabe cuánto me alegro de verla, Gussie —contesté—. Este que me acompaña es Emilio O'Hara.

—Celebro conocerle, Emilio —dijo Gussie sencillamente—. ¿Quieren tomar algo? —invitó.

Topp vino a saludarnos también, apenas había terminado Gussie de hablar. El hombre se mostró sumamente contento de volver a verme.

Yo estaba absorto contemplando el panorama que se ofrecía a mi vista. La caverna era enorme y en ella hubiera cabido holgadamente una astronave diez veces mayor que la que había construido el profesor Tecs. En uno de sus lados divisé una serie de

construcciones pequeñas, sencillas de un solo piso, que estimé debían servir como alojamientos.

Pero lo que más me intrigaba era la red metálica que colgaba a la entrada y cuyos hilos no tenían un espesor no superior al medio milímetro.

—Antes de nada, Gussie —dije—, me gustaría conocer el objeto de esa red.

Ella sonrió maliciosamente.

—Es preciso prevenir todas las contingencias. ¿De qué forma conoció usted la entrada a la caverna, capitán?

—«Reclutó» a un marvedano…

—Pensé que podría hacerlo otro cuyas intenciones no fueran tan buenas como la suya, capitán —contestó ella—. Por eso la instalé hace ya tiempo.

Miré a la chica con asombro.

—¿Quiere decir que esa red obstaculizó el poder de penetración mental de mi amigo el marvedano?

—Justamente. Está electrificada, pero con una corriente de bajísimo potencial, aproximadamente, el mismo de un cerebro humano. ¿Lo comprende ahora?

—¡Es asombroso! —exclamé—. A mí no se me hubiera ocurrido jamás… ¡pero un marvedano podría penetrar mentalmente por cualquiera otra parte de la caverna! ¡El espesor de la capa sólida que hay sobre nosotros no sería suficiente a detenerle!

Gussie volvió a sonreír.

—La caverna está rodeada enteramente por una especie de forro de red metálica, convenientemente oculta. Por supuesto, la que permite la entrada tiene que quedar a la vista para permitir el paso de personas… y de astronaves cuando es necesario.

—No descuidaron detalle —dije.

—Fue obra de mi padre. Él pensaba en todo —dijo Gussie, perdida repentinamente la sonrisa.

Hubo un momento de silencio entre ambos. Tomé su mano y la apreté con gesto afectuoso.

—Conserve el ánimo —dije—. Tengo la seguridad de que su padre, desde donde está ahora, se sentirá muy satisfecho de que su hija culmine la obra.

—Lo dudo mucho —contestó Gussie sorprendentemente.

—¿Por qué? —pregunté.

—Durante estos días, he repasado puntualmente todos los apuntes de mi padre. He revisado asimismo, una por una, todas las piezas del motor mental. Las pruebas han resultado infructuosas.

Capítulo XII

ESTÁBAMOS en el despachito privado de Gussie. Emilio se había unido a los otros mientras ella y yo cambiábamos impresiones.

Gussie me puso delante una bandeja con bocadillos, cerveza y una cafetera llena de la hirviente infusión. Solo entonces me di cuenta de que estaba desfalleciendo de hambre.

—Así que las pruebas han resultado infructuosas —dije, cuando ya había vaciado la mitad de la bandeja.

—Sí —confesó ella desanimadamente.

—Pero usted llamó a Rekhz y él acudió a su casa. Como no la halló, volvió a marcharse.

—Se me ocurrió que un cerebro como el de Rekhz podía hacer funcionar el motor mental de la nave —declaró Gussie.

Sacudí la cabeza.

—Es dudoso —dije—. En mi opinión, el potencial de un cerebro marvedano es inferior al de un terrestre. Pueden, sí, proyectar imágenes sobre una pantalla, transformando en objetos visibles su poder de penetración en el tiempo y en el espacio, pero ello no indica una mayor fuerza mental necesariamente.

—Yo creía…

—Es, valga el ejemplo, como el leñador y el sabio. El leñador podrá mover a brazo un gran tronco, pero el científico se sentirá impotente, aunque nos diga todos los componentes físicos y químicos de ese tronco.

Gussie sonrió.

—Entonces ¿necesito un leñador?

—Algo por el estilo. Oiga —exclamó de repente—, ¿no había contratado a Ricardo Azara para que la ayudase?

—Sí, pero, desde que estoy aquí, no he salido ni me he comunicado con nadie, por temor a Dignus. Los hombres que me envió como guardianes tampoco se han movido del subterráneo.

Arrugué el entrecejo.

—De momento, Dignus está fuera de combate —dije pensativamente. Ya le había explicado a Gussie nuestras peripecias —. Por tanto, traer a Ricardo resultaría cosa fácil.

—Suponiendo que quisiera encerrarse en el sótano una buena temporada, capitán.

Hice un gesto con la mano.

—Eso queda de mi cuenta, Gussie. Quiero ver volar su nave, aunque nada más sea por contemplar la cara que pondrá Dignus cuando haya sido derrotado.

—A mí me interesa por otros motivos, capitán.

—Tiene razón, discúlpeme, Gussie. ¿Cree que Azara podría concluir la obra iniciada por su padre?

—No puedo afirmar nada, pero estimo que es la persona indicada —su voz se quebró de pronto—. Quizá todo fueron elucubraciones sin sentido de mi padre y ese motor no funcionará jamás.

—¿Por qué no? Vamos, no se desanime. Si su padre emprendió los trabajos, era porque estaba seguro de triunfar. Nosotros la ayudaremos y la nave acabará por volar, movida por energía mental.

Ella me miró, con ojos húmedos por lágrimas de agradecimiento.

—No sé cómo expresar lo que siento, capitán —dijo—. De no haberle encontrado a usted… ni siquiera sé si aún estaría con vida.

—Pero me encontró, y esa fue la suerte de ambos. No olvide que mi ayuda no es desinteresada.

—Quiere una nave para volver al espacio, ¿verdad?

—Es mi oficio, Gussie. Si no puede ser con su nave, alistaré otra convencional. Pero, repito, haremos que su nave pueda volar utilizando el motor mental.

Gussie sonrió suavemente.

—Tiene usted en las venas el veneno del espacio, capitán —dijo

—. ¿No le amedrenta el recuerdo de la catástrofe?

—Entonces no sería astronauta, Gussie.

De pronto, dejé de sonreír.

Me puse en pie y caminé hasta la ventana. Desde allí, podía divisar la nave, brillantemente iluminada.

Emilio y los demás charlaban con animación. Sentíanse contentos y satisfechos.

Yo tenía que volver al espacio. Literalmente, hablando, me lo pedía el cuerpo.

Pero todavía recordaba amargos ratos pasados en los últimos meses, sobre todo, en las largas semanas de inmovilidad en la cama de un hospital, obligado por la lesión en la pierna.

Gussie se acercó y se situó a mi lado.

—Todavía la recuerda, ¿no es cierto, capitán? —murmuró.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—Nunca la olvidare —confesé—. Los años irán pasando y su recuerdo se suavizará progresivamente, pero siempre recordaré la valiosa ayuda que me prestó en críticas circunstancias[1], el amor que sentía hacia mí…

—Y su belleza, porque debía ser muy hermosa.

—Lo era, pero cuando un hombre se enamora no lo hace siempre fijándose en las cualidades físicas. En fin —suspiré—, dejemos este tema por el momento.

—Siento haberle traído malos recuerdos a la mente, capitán —se disculpó Gussie.

La miré y sonreí.

—En medio de todo, recordar a una persona a la cual se amó, no se puede decir que sea malo. Es mucho peor recordar a tipos como Dignus.

Gussie se estremeció.

—No repita ese nombre, capitán —rogó.

—Está bien. Gussie, usted ha dicho antes que desde aquí no se puede establecer comunicación con el exterior.

—No quiero hacerlo, para evitar que Dignus pueda detectarnos.

—Dignus conoce el escondite —respondí—. Lena Brook se lo dijo a la fuerza, pero ahora ese semienano está incapacitado de actuar contra nosotros. Mientras siga en la cabaña, estaremos seguros.

—Es muy astuto. Se escapará.

—Lo dudo, pero, aun así, le costaría bastante llegar a la caverna. De todas formas, si tuviésemos aquí a Ricardo Azara, ¿en cuánto tiempo tendría listo el motor mental?

—No puedo predecirlo. Le costaría, por lo menos, una semana estudiar los esquemas y luego verlos y revisarlos en la práctica. Después terminaría lo que faltase y, por último… lo más importante: la prueba final.

—Eso significa que no debemos perder tiempo —dije, resueltamente—. Me voy, Gussie.

—¿Adónde? —preguntó ella.

—A traer a Ricardo, naturalmente —contesté.

* * *

La cosa no resultó tan fácil como yo creía y me costó nada menos que tres días llegar al despacho de mi amigo Azara.

Cuando lo hice, llegué acompañado de un individuo al cual saludó la secretaria con la cortesía debida.

—¡Buenos días, señor Azara! Sobre su mesa le tengo preparada la correspondencia… ¡Cielos! —exclamó de pronto—. Pe… pero si el señor Azara ha llegado ya.

Sus ojos miraban a mi acompañante con expresión atónita.

—Lo sé —dije, con la mejor de mis sonrisas—, ya sé que Ricardo es muy puntual. Lo que pasa es que usted no conocía a su hermano gemelo, señorita.

—Él nunca me habló de que tuviese un hermano…

—Nació esta misma mañana —contesté desenvueltamente—. ¿Podemos pasar?

La secretaria asintió en silencio. Todavía no había salido de su estupefacción.

Abrí la puerta del despacho. Azara estaba situado frente a una minicomputadora, realizando complicados cálculos de ingeniería. Oyó el ruido y, sin volver la cabeza, dijo:

—¿Ocurre algo nuevo, señorita Clarence?

—Ocurre que te traigo a tu hermanito gemelo, Ricardo —dije.

Azara se volvió. Cuando vio a mi acompañante, casi se le cae la mandíbula inferior al suelo.

—Cierra la boca —dije.

—¿Que… qui… quién es ese? —balbució, tremendamente desconcertado.

—Un robot —contesté—. Funciona a la perfección y he hecho que le pusieran tu misma cara.

—Pero… ¿por qué? ¡Yo no necesito ningún robot…!

—Tú no, pero yo sí —contesté—. En realidad, os necesito a los dos.

—¿Para qué, Clark? —preguntó mi amigo, que ya empezaba a recobrar la serenidad.

—El robot ocupará tu puesto. Tú vendrás conmigo.

—¿Adónde?

—Tienes que terminar el motor mental del profesor Tecs. La cosa está… que arde, por no calificarla de un modo más fuerte, y es preciso que todo el mundo crea que continúas tus trabajos.

—¡Pero el robot no está enterado…!

—Tienes veinticuatro horas para ponerle al corriente de los asuntos de rutina. Si le encomendasen alguno de importancia, él diría que tiene mucho trabajo y que antes de dos meses no puede aceptar ningún encargo. Te pagaremos bien, Ricardo.

Azara meneó la cabeza.

—El dinero no me importa —respondió—. Hasta cierto punto, claro —se apresuró a añadir—. Pero ¿tú crees que ese motor dará resultado?

—Solo soy un capitán de astronave, no un ingeniero —respondí.

Azara dio una vuelta completa en torno al robot.

—¡Es prodigioso! ¡Parezco yo mismo! —exclamó.

—Conservaba una fotografía tuya de nuestros tiempos de universidad —le expliqué—. Con ella nos apañamos para dar forma a su rostro, aunque yo estuve presente en los últimos retoques. No debemos olvidar que hace casi quince años que acabamos nuestros estudios.

Ricardo movió la cabeza afirmativamente.

—Dará resultado —dijo—. ¿Dónde está Gussie Tecs?

—En… bueno, ya lo verás cuando lleguemos allí. ¿Puedes empezar inmediatamente?

—Tendré que estar separado de la familia, ¿no es eso?

—Lo lamento, pero los alojamientos no son demasiado confortables y, además, conviene observar un máximo de

discreción.

—Comprendo —dijo Azara—. ¿Cómo te llamas? —se dirigió al robot.

—Ricardo Azara, ingeniero de profesión, casado con Carmen Azara, con dos hijos llamados…

—¡Basta! —se tapó la cara con las manos, fingiendo horror—. ¡No hay nada más que decir; es el hombre que necesitábamos… digo el robot, demonios!

Me eché a reír, satisfecho.

—¿Cuánto dijiste que tardarías en ponerle al corriente de lo más importante de tu despacho?

—Veinticuatro horas, ni una menos; y eso, sin pegar un ojo en todo ese tiempo.

—Está bien. Vendré a buscarte mañana, a esta misma hora. La secretaria ¿es de confianza?

—Absoluta, Clark.

—Magnífico. Entonces no os entretengo más.

Giré sobre mis talones y abandoné el despacho.

Antes de regresar al subterráneo donde Gussie guardaba su nave, me dirigí a un lugar situado entre montañas.

Desde lejos, pude ver una delgada columnita de humo azul que se retorcía perezosamente en el cielo. No quise acercarme más.

Era suficiente. Nuestro más encarnizado enemigo continuaba todavía en su retiro «voluntario».

Seguiría durante muchos más días; provisiones, ciertamente, no le faltaban.

Capítulo XIII

LOS trabajos dieron comienzo inmediatamente, apenas Azara pisó el suelo de la caverna.

Nosotros poco podíamos hacer, salvo seguir sus indicaciones. Además, en los primeros días, se dedicó intensivamente al estudio de los planos, diseños y esquemas trazados por el profesor Tecs, sin cuyo conocimiento no podía roscar un tornillo siquiera.

Gussie se pasaba la mayor parte del tiempo con él, dado que debía aclararle muchas cosas que conocía a la perfección, por haber colaborado con su padre en la construcción del motor mental. No obstante, también había momentos en que quedaba libre… libre de Ricardo, pero no de mí.

Unos diez días más tarde, Gussie vino a buscarme. Sus ojos brillaban intensamente.

—Creo que Ricardo lo conseguirá —dijo.

—Esa es una buena noticia —contesté.

Tenía un papel en la mano.

—Me ha dicho que necesita unas cuantas piezas. ¿Quién podría ir a buscarlas?

—Emilio se encargará. Yo le daré dinero; que no escatime un solar —respondí.

—Se ha convertido en el socio capitalista de la empresa —dijo ella de buen humor.

—El invento me interesa. Oiga, Gussie.

—¿Sí, Clark?

—He estado pensando más de una vez… ¿Por qué llamó usted a

Rekhz?

Gussie se mordió los labios.

—Ya le dije que se me ocurrió que su cerebro podría resultar mejor para activar el motor mental de mi nave. Usted lo objetó, alegando que no creía que el potencial eléctrico de su cerebro fuese superior al de un terrestre. Recuerde, el ejemplo del leñador y el sabio…

—Sí —contesté pensativamente—, pero no pasa de ser una elucubración sin una base sólida. Tendríamos que comparar dos electroencefalogramas… el de Rekhz y el mío, por ejemplo, y entonces decidir cuál de los dos cerebros es el más adecuado.

—Rekhz no está aquí ahora —dijo Gussie.

—¿Le importaría que lo reclutase para la operación? Oiga, un marvedano en la nave, aunque no la moviese, sería un elemento valiosísimo.

—¿En qué sentido, Clark?

—Imagínese, Rekhz puede explorar visualmente a distancias inconcebibles y proyectar sus imágenes en una pantalla para los demás miembros terrestres de la astronave. ¿Se imagina la cantidad de peligros que prevendría un sujeto así?

—No estaría mal, en efecto, salvo que Rekhz no querría trabajar para nosotros. Alegaría que sus leyes…

—Deje que yo me ocupe de las leyes marvedanas, Gussie, Traiga ese papel; Emilio se encargará de la compra. En cuanto a mí, no se extrañe si tardo ocho o diez días en volver.

Gussie levantó las cejas.

—¿Adónde se marcha? —preguntó, atónita.

—¡A Marte!

* * *

La chica se llamaba May Witten y era pelirroja, bajita y con un cuerpo mareante. En realidad, no era ya una jovencita, aunque no había cumplido todavía los treinta años.

Me senté en un taburete alto y le pedí un doble de whisky marciano. Ella actuaba como camarera en uno de los bares del barrio contiguo al astropuerto y atraía bastante clientela, según pude observar.

May puso la copa delante de mí. Entonces le dije:

—Ya no me recuerda, ¿verdad?

La chica frunció el ceño. Luego sus ojos se dilataron por la sorpresa.

—¡Capitán! —exclamó—. ¡Claro que le recuerdo! ¡Usted fue el que…!

—No siga, May; soy el mismo —confirmé, sonriendo—. ¿Qué tal le van las cosas?

Ella se encogió de hombros.

—Ni bien ni mal; regular, simplemente.

—Podrían haberle ido mejor con Rekhz, ¿no es cierto?

May apoyó los codos en el mostrador. Su cara tomó en el acto una expresión ensoñadora.

—A muchas no les gustan los marvedanos —contestó—. La verdad, capitán, yo no tengo tantas manías, cuando me encapricho de un tipo…

—Ah, de modo que solo fue un capricho.

—Bueno, como la cosa acabó tan precipitadamente…

—Pero ¿y si Rekhz volviese a su lado?

May se irguió y lanzó un suspiro capaz de romper los vidrios.

—Eso no ocurrirá nunca —contestó.

Le enseñé un pasaje para la astronave que salía una hora más tarde para la Tierra.

—Está a su nombre, May —dije—. Si viene conmigo, yo le garantizo que tendrá de nuevo a Rekhz.

May tomó el pasaje y leyó los párrafos más importantes. Luego me dirigió una mirada penetrante.

—¿Habla en serio, capitán? —preguntó.

—Completamente, May. Pero es preciso que Rekhz cumpla ciertas condiciones…

—Ah, conque me usa como cebo —dijo May, enojada.

—Si Rekhz vuelve a su lado, ¿qué importa la forma en que lo consiga? Él estaba muertecito por sus pedazos… y todavía la recuerda.

May volvió a mirarme y sonrió.

—Capitán, usted no se ha metido jamás en un asunto sucio —dijo—. ¡Iré a la Tierra!

Dejé una moneda sobre el mostrador.

—¿Cuánto tardará en tener listo el equipaje, May?

Ella se desanudó el cinturón del delantal y lo tiró a un rincón.

—Un cuarto de hora… y me sobrarán minutos, créame.

* * *

El timbre de la puerta sonó. Me puse en pie e hice señas a May de que pasara a la habitación contigua. Ella obedeció en silencio, sin hacérselo repetir dos veces.

Abrí la puerta. Rekhz me miró suspicazmente en el umbral, sin atreverse a cruzarlo.

—Creí que usted y yo habíamos terminado, capitán —dijo, con acento poco amable.

—Se me quedó algo en el tintero —respondí volublemente—. Entre, entre, amigo Rekhz; tenemos algo muy interesante de que hablar.

—Quedamos en que el favor había sido cancelado —gruñó.

—Es que ahora le voy a hacer otro —sonreí, mientras cerraba la puerta—. ¿Una copita?

—No, no quiero beber. Y, por favor, despache pronto.

—Está bien, Rekhz; si tanta prisa tiene… Necesito su colaboración de nuevo.

—¡Adiós! —dijo secamente, dando media vuelta y largándose hacia la puerta.

—Bueno, si se va, hágase cuenta de que dice adiós también a May Witten.

Se paró en seco. Luego, muy despacio, se volvió hacia mí.

—Capitán, maldito trapacero… ¿Qué ha dicho de May?

—Simplemente, que, al despedirse de mí, se despide de ella.

Hubo un largo minuto de silencio entre los dos.

—Me costaría un gravísimo disgusto…

—¿Qué sanción podrían aplicarle?

—Dejaría de ser marvedano… y eso porque estoy aquí y no podrían encerrarme.

—En resumen, que le quitarían el pasaporte.

—Sí. Según el convenio firmado entre los gobiernos de los dos planetas, el mío no puede hacer otra cosa si… ese delito se comete en la Tierra. Fuera, aunque sea en cualquiera de los planetas del sistema solar, debo ser arrestado, concedida la extradición y enviado de vuelta a Marved.

—Pero el gobierno de la Tierra le concedería inmediatamente un pasaporte terrestre y el suyo ya no podría perseguirle, aunque saliera del sistema solar.

Rekhz meneó la cabeza tristemente.

—Eso no ocurrirá —dijo.

—Todo depende de usted. Pero ¿no se imagina la campaña de prensa? «El racista gobierno de Marved…» «Marved, el planeta regido por fanáticos racistas…» «Los racistas impiden los amores de una terrestre y un marvedano…» —le recité unos supuestos titulares de gran escándalo—. Su gobierno evaluará las posibilidades y preferirá ceder, ¿comprende?

La cara de Rekhz se animó un tanto.

—¿Cree que pasaría eso? —preguntó.

—Estoy seguro —respondí con voz firme.

—Bien, capitán. ¿Dónde está May?

—¡Aquí, renacuajo! —gritó ella pintorescamente, surgiendo de la habitación con los brazos abiertos de par en par.

Me volví unos segundos. Hay que ser discretos con las efusiones de los enamorados. A fin de cuentas, y salvo algunas peculiaridades anatómicas y el color de la piel, tan humano era Rekhz, como May.

—Cuando hayan terminado de besuquearse —dije—, avísenme; tenemos que emprender la marcha.

—Capitán —exclamó Rekhz—, he de volver a mi alojamiento; necesito ropa…

—¡Ni hablar! Nosotros le facilitaremos todo lo que haga falta, lo mismo que a May.

—Está bien. Pero, al menos, ¿puede decirme qué es lo que quieren de mí?

—Vamos a probar si es capaz de mover una nave con la ayuda de su mente —contesté.

* * *

Cuando llegamos al subterráneo, habían pasado ya trece días.

Los nervios de Gussie estaban a flor de piel. Casi se colgó de mi cuello al verme aparecer por un lado de la cortina de red metálica.

—Creí que ya no volvería —manifestó, en tono de reproche—. Usted habló de ocho o diez días, pero han pasado casi dos semanas.

—Lo siento —contesté—. Las espaciolíneas Tierra-Marte y

viceversa están recargadísimas y no siempre se dispone de pasajes cuando uno lo necesita. Gussie, le presento a May Witten. A Rekhz ya le conoce usted.

Gussie estrechó la mano de la pelirroja.

—Encantada, May —saludó.

—Hola, Gussie —sonrió la otra chica.

—¿Cómo está, Rekhz?

—¿No lo ve, Gussie? —dije, riendo—. Embobado con May. Apenas piensa sino en ella y es algo que no nos conviene demasiado; nos interesa que piense en la nave sobre todo.

Gussie me miró de soslayo.

—Así que se sirvió de May para traerle aquí —dijo.

—¡Hombre, algo tenía que hacer! —contesté desenfadadamente.

—Es un trapacero —gruñó Rekhz—. Pero me alegro de trabajar para usted, señorita Tecs. ¿Qué es lo que tengo que hacer ahora?

—El doctor Horryl está aguardando —contestó Gussie.

—¿Un doctor? ¿Acaso creen que estoy enfermo? —protestó el marvedano.

Le pasé una mano por el hombro.

—El doctor Horryl tomará dos electroencefalogramas; el suyo y el mío. Luego comparará ambos y dictaminará cuál de los dos cerebros es el que posee un potencial más elevado.

—Ah, si solo se trata de eso…

—Vengan por aquí —indicó Gussie.

Cuando salí del subterráneo para dirigirme a Marte lo hice acompañado por Emilio. Calculando aproximadamente la fecha de mi regreso, hice que se trajese para entonces al doctor Horryl y a su electroencefalógrafo, al objeto ya indicado.

Horryl era un neurólogo reputado. Sus diagnósticos pesarían decisivamente a la hora de poner en práctica el invento del profesor Tecs.

Mientras Horryl actuaba con el marvedano, Gussie me informó de los progresos realizados durante mi ausencia.

—Ricardo dice que el motor está casi listo. Es más, incluso hizo una prueba él mismo y consiguió alzar la nave a medio metro del suelo.

—Eso es maravilloso —comenté—. Pero ¿cómo la va a sacar de aquí?

—Simplemente, retrocediendo hasta el laboratorio situado bajo la casa. Un trozo del jardín es, simplemente, una compuerta que gira en torno a un eje horizontal…

—Como una trampilla en el suelo.

—Justamente, capitán.

—El viaje a Marte cuesta ahora cuatro días —dije—. ¿Qué se tardará con una nave equipada con el nuevo tipo de motor?

—Habrá que realizar antes muchas pruebas —contestó Gussie—. Los despegues, por supuesto, serán normales, para evitar los efectos perniciosos de una aceleración demasiado brusca. Pero una vez en el espacio… ponga un cuarto de hora, media, según el piloto…

Me estremecí.

—Treinta minutos para llegar a Marte —dije.

—Y, aunque parezca una paradoja, se tarda tanto, porque no convendrá volar tan rápido a un planeta relativamente cercano. Pero cuando se quiera viajar a un sistema estelar situado, por ejemplo, a veintisiete años luz, como Vega, el tiempo, en proporción, será increíblemente más corto.

—¿Cuánto se tardaría en llegar a Vega? —pregunté, aguantando la respiración.

—Si se dispone de un buen piloto, treinta minutos también, a partir de la salida de la atmósfera.

A tientas, busqué una silla. Aquellas cifras resultaban mareantes.

El doctor Horryl vino a buscarme poco después.

—Cuando quiera, capitán.

Me sometí a la prueba del electroencefalograma.

Cuando terminé, Horryl se encerró para estudiar y comparar los resultados de ambos E.E.G. Nosotros esperamos anhelantes su diagnóstico.

Horryl apareció dos horas más tarde, cuando ya el suelo de la habitación estaba cubierto de colillas y la atmósfera era irrespirable.

La mano del neurólogo señaló a Rekhz.

—Ese —dijo lacónicamente.

—¿Y yo? —pregunté.

—Solo en caso de desfallecimiento mental de Rekhz. Pero el potencial eléctrico del cerebro de un marvedano es infinitamente superior al de un terrestre.

—Leñador pierde, científico gana —sonrió Gussie.

—¿Cómo? —dijo Horryl extrañado.

—Nada —contestó ella—; era una simple metáfora.

—Entonces, doctor —dije yo—, ¿un cerebro terrestre no podría mover una astronave?

—No es que no pueda moverla, sino que su fuerza será muy inferior. La velocidad, por tanto, será mucho más lenta, a menos que…

—A menos ¿qué, doctor?

—Sencillamente, se necesitaría construir un motor cuádruple y emplear el potencial de cuatro cerebros. Mientras dispongan de marvedanos, no será necesario, pero no siempre será posible tener a mano un natural de ese planeta. Eso creo yo —concluyó Horryl su dictamen.

Capítulo XIV

EL doctor Horryl nos había planteado un problema de no fácil solución en el futuro.

Gussie y yo lo comentamos más tarde, durante la cena que hicimos a solas en su habitación.

—Una vez realizadas las pruebas —dije—, Ricardo tendrá que diseñar cuatro motores más.

—¿Para qué, capitán? —preguntó ella.

—Rekhz no estará siempre disponible. Además no sabemos si podremos reclutar más marvedanos. La defección de Rekhz causará un notable alboroto y aunque es posible que algún compatriota suyo siga su ejemplo, no debemos contar con algo que es por ahora una mera especulación. Debemos contar con nosotros mismos, ¿comprende?

Gussie asintió.

—Sí, es cierto —convino—. Realizaremos las primeras pruebas con mi nave y, si todo sale bien, como esperamos, iniciaremos la construcción de una segunda, provista de un motor cuádruple.

—El cual resultará siempre más económico que un motor de energía convencional. Una vez debidamente instruidos, cualesquiera de los tripulantes de la nave podrá tomar el relevo para actuar en su motor… pero, si los viajes son tan cortos, no habrá necesidad de relevos.

Los ojos de la chica brillaban.

—Estoy imaginándome la cara que pondrá Dignus cuando se entere de que el invento de mi padre ha dado pleno resultado —

dijo.

—¡Dignus! —exclamé de pronto.

Gussie me miró alarmada.

—¿Qué le sucede, capitán? —preguntó.

—Con todo este ajetreo, le he tenido olvidado por completo —contesté—. Mañana iré a darme una vuelta por su encierro.

—Llévele provisiones; puede que las necesite —aconsejó ella.

A la mañana siguiente, después de llenar las cajas con comida mi aeronave, emprendí el vuelo con dirección al encierro de Dignus.

Cuando alcanzaba mi objetivo, comprendí una cosa: había subestimado la capacidad de mi adversario.

Dignus no había alcanzado la posición que ocupaba por obra de la casualidad. Había conseguido dinero y poder a fuerza de astucia, inteligencia… y muchas otras cosas que no se pueden mencionar, pero no por ser tonto, precisamente.

Quizás había tardado algún tiempo en dar con la solución, pero la había hallado. Ciertamente, jugándoselo todo a una carta, pero ¿acaso había llegado tan alto por timorato?

¿Qué hace un náufrago en su isla desierta para dar a conocer su existencia? Señales, ¿no? Banderas, humo…

Dignus había hecho humo, pero no con cuatro astillas, sino pegando fuego a la cabaña entera.

Era lógico suponer que alguien habría visto la humareda de lejos y le había socorrido. ¿Cuánto tiempo hacía de ello?

Las cenizas estaban frías… mejor dicho, habían sido dispersadas por el viento de las alturas. Solo quedaban algunos maderos carbonizados y los metales de muebles y de la estructura no consumidos por el fuego.

Resultaba imposible conocer la fecha del incendio, aunque la estimé en varios días, cuatro, cinco, no más de una semana, a pesar de todo. Pero ¿por qué no había atacado Dignus inmediatamente?

Debía de haber una explicación para ello, y yo quería conocerla cuanto antes. El mejor medio era acudir directamente a la guarida del lobo.

Despegué de la cumbre apenas vi que allí ya no tenía nada que hacer. El amigo de Emilio, me dije, se tiraría de los pelos cuando conociese el desastre.

Era una preocupación secundaria, sin embargo. Ya le

construiríamos otra cabaña, pero ahora tenía algo más urgente entre manos.

Mientras volaba en el viaje de regreso, tuve tiempo sobrado para meditar. Al fin llegué a una conclusión.

Debía evitar un abordaje directo. Dignus no era tonto, repito, y sabía que yo acabaría enterándome de la verdad.

Por tanto, era lógico pensar que tendría su casa bien vigilada. En aquellos días transcurridos desde su evasión, había dispuesto de tiempo más que suficiente para reclutar otra banda de mercenarios sin escrúpulos.

Las horas se me hicieron inaguantablemente lentas hasta que llegó la noche. Entonces, cautelosamente, me acerqué al jardín que rodeaba la mansión de Dignus.

Como había calculado, la casa estaba vigilada. Esperé lo suficiente hasta que logré situarme en una posición favorable. Entonces ataqué al centinela con mi inseparable bastón.

Pasé por encima del cuerpo del rufián y seguí mi camino. La casa estaba brillantemente iluminada, pero los vidrios de los ventanales estaban polarizados en translúcidos, de modo que solo se veían siluetas de personas.

Palmo a palmo, continué mi avance, hasta llegar a la puerta. Tanteé el pomo y lo hice girar muy suavemente.

El salón estaba desierto. Me acerqué al despacho y entreabrí la puerta.

Había un hombre sentado, de espaldas a mí, cuya cabeza estaba cubierta con un casco de factura ya conocida. Inmediatamente, comprendí la diabólica astucia de mi adversario.

El paciente estaba situado de tal modo que su silueta no se reflejaba en las vidrieras. Dignus estaba a su lado, junto con Stalliri y un par de sujetos más, de aspecto poco recomendable.

Una vez más, admití la inteligencia de Dignus. También él disponía de un marvedano… aunque conociéndole, era de suponer que lo hubiese reclutado a la fuerza. La mente del marvedano estaba en plena acción.

En la pantalla puede ver la casa de Gussie, el sótano y la barrera gris que cortaba la visión. Era el efecto de la malla de alambre electrificada.

—¿No puedes pasar al otro lado? —preguntó Dignus con voz

airada.

—No… me es… imposible… Algo me lo impide…

—¡Tiene que haber otra entrada! ¡Busca! —rugió el semienano.

La mente del marvedano surgió al exterior. Vi el jardín de Gussie y luego los terrenos colindantes.

De pronto, nos «hundimos» en la tierra. La mente del prisionero profundizaba en el subsuelo.

Cincuenta o sesenta metros más abajo, tropezó con la cúpula de mallas metálicas.

En la pantalla se vio solamente una especie de bola gris, de apariencia algodonosa. No obstante, era fácil advertir su gran tamaño.

—El obstáculo no cede —anunció el marvedano.

—Esa chica es muy astuta —gruñó Dignus—. No sé cómo, pero ha logrado crear un campo de interferencias insalvables.

—Tiene forma semiesférica —dijo Stalliri—. ¿No le recuerda una caverna de gran tamaño, jefe?

Dignus se pellizcó el labio inferior con gesto pensativo.

—Es posible —convino—. De todas formas, ya tenemos bastante. Sabemos dónde está la chica, así que donde esté ella, estará también su nave.

—Y el capitán…

Dignus lanzó una rotunda maldición.

—No llegará vivo a mañana —anunció.

Me estremecí. El odio más absoluto latía en el ánimo del semienano.

Era preciso emprender la retirada. Debía poner a Gussie sobre aviso. Dignus, según parecía, estaba dispuesto a desencadenar el ataque aquella misma noche.

¿Qué medios pensaba emplear para llegar hasta la caverna?

No tuve tiempo de darme una respuesta. Algo duro y frío se apoyó repentinamente en mi nuca.

—Levante las manos o le abraso los sesos —dijo una voz detrás de mí.

Contuve una maldición. ¿Cómo había podido ser tan descuidado…?

—Avance —ordenó el sujeto.

Empujé la puerta. La sorpresa de Dignus y sus acompañantes fue

enorme.

—¡Capitán! —tronó el semienano. Luego, de pronto, se echó a reír—. ¡Es maravilloso; usted mismo ha venido a ponerse en mis manos!

—Cuestión de mala suerte —respondí, procurando ocultar el temblorcillo de mis piernas.

En aquellos momentos, estaba pensando en la turbina y tenía mucho frío.

Dignus dio unos cuantos pasos, se plantó frente a mí y puso ambas manos en las caderas, mirándome con gesto complacido.

—Usted fue muy listo, capitán, pero no supo prever todas las eventualidades —dijo.

—Es cierto —admití—. Debí haberle encerrado en una cabaña de cemento armado, con muebles metálicos y sin un solo fósforo ni una mala hoja de papel al alcance de su mano.

Dignus sonrió burlonamente.

—Lancé la moneda al aire cuando incendié la cabaña —contestó —. Salió cara, capitán.

—Lo estoy viendo —dije fríamente—. Bien, ahora yo estoy en su poder. ¿Qué hará conmigo?

El semienano reflexionó unos instantes.

—Le dejaré la vida, pero solo por el momento, capitán —respondió al cabo.

—Creo que le comprendo, Dignus —respondí—. Si cree que voy a colaborar con usted, está totalmente equivocado.

Se echó a reír.

—Usted me ayudará, capitán —dijo—. ¿Cómo va a consentir que la hermosa Augusta Tecs sufra el menor daño?

Aquello me hizo hervir de ira. Sin pensármelo dos veces, salté a su cuello.

Tenía demasiados ayudantes. Algo me golpeó en la nuca y me desplomé al suelo sin conocimiento.

* * *

Cuando desperté, lo primero que escuché fue un extraño zumbido, cuyo origen tardé bastante en identificar.

Stalliri y otro rufián conversaban a mi lado.

—¿Te gustó el espectáculo? —preguntó el siciliano.

—No me lo recuerdes, Rico —se estremeció su compinche.

—Eres un tipo flojo, Mac.

—Todo lo que tú quieras, pero aquella maldita turbina…

—Sí, al principio impresiona un poco. Luego, uno se acostumbra a todo… y, a fin de cuentas, hay que reconocer que resulta el mejor medio para hacer desaparecer un cuerpo.

—En eso tienes razón, Rico; si se usa la pistola desintegrante, se corre el riesgo de ser detectado por la policía y…

Comprendí el motivo de su charla. Después de haberlo utilizado, Dignus se había deshecho del marvedano lanzándolo a la turbina con una absoluta falta de escrúpulos.

De pronto, sonó una exclamación.

—¡Ya estamos en el túnel!

Traté de incorporarme. Estaba en el suelo de la cabina de un vehículo de utilidad desconocida para mí. La cabeza me dolía aún horriblemente, pero procuré hacer caso omiso del dolor.

El vehículo se movió con creciente velocidad, aunque muy despacio, sin embargo. Mi visión se centró y entonces supe dónde me hallaba.

Estaba a bordo de una perforadora rápida gigante, provista de un trépano cuyo diámetro, según las necesidades, alcanzaba un diámetro de hasta cuatro metros.

Era un aparato utilísimo, movido por un pequeño motor nuclear, que le proporcionaba una energía fabulosa. La velocidad del trépano, convenientemente refrigerado, hacía que la turbina de la casa de Dignus pareciera que estuviese detenida.

De pronto, el aparato refrenó su marcha. Un agudo chillido se elevó al instante cuando la punta durísima del trépano alcanzó el muro que cerraba el paso a la caverna.

Dignus en persona manejaba la perforadora. En medio de todo, es preciso reconocer que era capaz de hacer muchas cosas por sí mismo.

El muro quedó agujereado en menos de treinta segundos. La máquina irrumpió violentamente a través de un orificio de casi cuatro metros de anchura y rompió asimismo la tenue protección de la red electrificada.

—¡Afuera! —ordenó Dignus.

Stalliri, seguido por tres sujetos más, saltó al suelo. Todos iban

armados.

Emilio y los demás se aprestaron a la defensa. Raf García y Peters cayeron, abrasados por sendas descargas de pistolas térmicas. ¿Qué por qué no hacía yo nada para ayudar a mis amigos? El que está atado de pies y manos siempre queda fuera de combate.

Emilio, Azara y Topp levantaron las manos, viendo que la resistencia era imposible. Dignus saltó al suelo, con la satisfacción pintada en el rostro.

Gussie apareció, pálida, pero serena. May y Rekhz comparecieron tras ella.

Dignus elevó una mano.

—Rico, desata al capitán.

—Bien, jefe.

Instantes después, abandonaba la perforadora. Miré a Gussie compungidamente.

—Lo siento —dije.

Ella sacudió la cabeza.

—Estoy segura de que no es culpa suya, Clark —contestó.

Protegido por las pistolas de sus esbirros, Dignus avanzó hacia la nave y dio una vuelta a su alrededor„ contemplándola con evidente satisfacción.

El silencio era absoluto. A poco, Dignus se encaró con la muchacha.

—Chica, reconozca que ha perdido —dijo.

—No —contestó ella—. Simplemente, estoy siendo víctima de un robo.

—Llámelo como quiera —Dignus se encogió de hombros—. ¿Cómo funciona este trasto?

Gussie apretó los labios. Dignus levantó una mano.

—¿Rico?

—Diga, jefe —contestó el siciliano.

—Apunta con tu pistola al capitán. Si la chica se obstina en callar, abrásalo.

—De acuerdo, jefe.

La boca del arma, ancha y negra, apuntó a mi estómago. Leí en los negros ojos de Stalliri un ansia sádica, perversa.

—Está bien —dijo Gussie—. Cederé… si respeta la vida del capitán.

—Me firmará un documento, cediéndome la propiedad de la patente.

—Sí —dijo Gussie con voz inexpresiva.

Dignus sacó unos papeles del bolsillo de su túnica.

—Aquí están —indicó, tendiéndole al mismo tiempo una pluma.

Gussie firmó en medio de un helado silencio.

—Puede quedarse con una copia —sonrió Dignus—. Y ahora, mi querida señorita Tecs, tras admitir su derrota, ¿quiere enseñarme el funcionamiento de su motor mental?

Ella avanzó sin titubear hacia la nave. Dignus y Stalliri la siguieron en el acto.

Dos pistoleros quedaron custodiándonos. Los minutos empezaron a pasar.

Transcurrió cerca de una hora. Al fin, vimos aparecer a Gussie en la escotilla.

—Pueden subir —indicó a los dos pistoleros la escalerilla de acceso.

La pareja de rufianes retrocedió, sin dejar de apuntarnos con las armas. Casi en el acto, la escotilla se cerró, al mismo tiempo que la nave se separaba un palmo del suelo.

El muro agujereado empezó a deslizarse a un lado. El mecanismo de apertura funcionaba por control remoto desde la cabina de mandos de la astronave.

Gussie lloraba silenciosamente. Poco a poco, la nave fue perdiéndose, en la oscuridad del túnel, hasta que solo vimos, a mil metros de distancia, los puntitos brillantes que eran sus ventanillas iluminadas.

Instantes después, la gran compuerta exterior se elevaba en el aire y la nave arrancaba velozmente, lanzándose hacia el espacio a toda velocidad.

De pronto, Rekhz echó a correr hacia uno de los alojamientos. Yo, apenas me di cuenta del detalle. Había querido evitar la derrota y lo único que había conseguido era precipitarla.

—Ya nunca más podré mirarla a usted a la cara, Gussie —dije.

Ella meneó la cabeza.

—Estoy segura de que hizo cuanto pudo, capitán —contestó.

Levanté la vista hacia el techo de la caverna, como si quisiera perforarlo con la vista. Allá iba navegando Dignus…

—¿Cómo puede hacerla volar, si su potencial mental es inferior al de Rekhz? —murmuré.

—Cuando le enseñé el manejo, le dije que él podría hacer funcionar el aparato para cortas distancias —respondió Gussie—. Para distancias largas, la mente de un terrestre se resentiría de una intensa fatiga. Él se sentía impaciente de probar la máquina y dijo que solo realizaría un viajecito a Marte…

La voz de Rekhz sonó excitadamente en aquel momento.

—¡Vengan! ¡Vengan todos, aprisa!

Corrimos hacia el alojamiento del marvedano. Rekhz, con su casco proyector de imágenes en la cabeza, estaba sentado frente a una pantalla, donde se veía claramente la espalda de Dignus, escoltado por sus pistoleros.

Frente a Dignus, se divisaba una imagen clara y nítida de la Luna. Sin embargo, en la pantalla del cuadro de mandos se veía la imagen de Marte.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Sencillamente, Dignus cree viajar a Marte… pero va directamente a la Luna.

Me quedé sin aliento.

—¿Eh?

—Sí —contestó Rekhz—. Él solo ve la imagen de Marte, pero nosotros, que estamos fuera de su campo mental, estamos viendo la verdadera imagen de lo que está delante de la nave. Lo siento, Gussie —se disculpó el marvedano—. Su aparato va a quedar destrozado…

—¡No! —gritó ella—. Prefiero que siga intacto, aunque sea en poder de ese miserable…

—Su proceder la honra, pero ya es tarde —dijo Rekhz fríamente —. ¡Miren!

El disco se agrandó enormemente. Yo me había agarrado al respaldo de un sillón y contemplaba la escena con la respiración en suspenso.

—Ahora —dijo Rekhz—, dejaré que vean cuál es su verdadero destino.

La imagen del planeta Marte desapareció de la pantalla del cuadro de mandos de la nave. Entonces, vimos que Dignus y sus acompañantes se echaban hacia atrás instintivamente.

Tardíamente comprendieron el engaño. La nave volaba a demasiada velocidad para iniciar una maniobra de evasión.

Vimos claramente aproximarse el suelo agujereado del satélite. Luego hubo un violentísimo chispazo y las imágenes dejaron de reproducirse en la pantalla situada frente a nosotros.

Rekhz se quitó el casco y se puso en pie.

—Habían muerto demasiadas personas inocentes —dijo con aire de solemnidad—. No podía permitir que esos crímenes quedasen sin castigo.

En medio de todo, Rekhz tenía razón. Pocos minutos antes, habían muerto Raf García y Terry Peters. Sus muertes merecían ser vengadas.

Miré a Gussie y me esforcé por sonreír.

—La nave está destruida, pero construiremos una nueva y mejor…

—¡Y más grande y capaz! —gritó Azara entusiasmadamente. Luego echó a correr hacia la salida—. ¡Voy a relevar a mi robot; creo que mi esposa debe odiarlo!

Rekhz y May se alejaron. Gussie y yo quedamos frente a frente.

—Gussie —dije.

—Sí, Clark.

—No… Es prematuro aún para hablar de… de ciertos temas; usted ya conoce las causas, pero… ¿podremos seguir viéndonos?

Ella sonrió dulcemente.

—Tendremos que vernos muy a menudo —contestó—. ¿Acaso no es usted mi socio capitalista?

Emilio, desde el umbral, gritó:

—¡Capitán Carrados! ¿Cuándo empezamos a trabajar?

Miré a Gussie y sonreí.

—Ahora mismo —contesté.

—Ahora mismo —confirmó ella.



Próximo Número:

Al traspasar aquella escotilla,
perdían toda esperanza.
Eran los expulsados de
una sociedad
dura e implacable.
Eran…

LOS PARIAS DEL ESPACIO

por

Louis G. Milk

NOTAS

[1] **Véase el número 414 de esta misma colección y autor, titulado LOS SUPER-ROBOTS.**